**Interactivo F6: Menú con fichas**

**\*** Nombre del guión a que corresponde el ejercicio

LE\_11\_01\_CO

**DATOS DEL RECURSO**

**\*** Título del recurso (**65** caracteres máx.)

El ciclo artúrico

**\*** Descripción del recurso

Interactivo que te permitirá saber más sobre el rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda

**\*** Palabras clave del recurso (separadas por comas ",")

“Ciclo artúrico,materia de Bretaña,rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda,Chretien de Troyes”

**\*** Tiempo estimado (minutos)

120

**\*** Acción didáctica (indicar sólo una)

|  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Exposición | x | Ejercitación |  | Preguntas con respuesta libre |  | Juegos |  |
| Estudio |  | Proyecto |  | Evaluación |  | Generador de actividades |  |

**\*** Competencia (indicar sólo una)

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
| … en comunicación lingüística | x | … matemática |  |
| … en el conocimiento y la interacción con el mundo físico |  | Tratamiento de la información y competencia digital |  |
| … social y ciudadana |  | … cultural y artística |  |
| … para aprender a aprender |  | Autonomía e iniciativa personal |  |

**\*** Tipo de Media (indicar sólo una)

|  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Secuencia de imágenes |  | Video |  | Animación |  | Interactivo | x |
| Actividad |  | Web |  | Mapa conceptual |  | Audio |  |
| Texto |  | Imagen |  | Documento |  |  |  |

**\*** Nivel del ejercicio, 1-Fácil, 2-Medio ó 3-Difícil

2

**FICHA DEL PROFESOR**

**Objetivo**

El propósito de este interactivo es acercar a los estudiantes al conocimiento de las leyendas y la literatura medieval que dieron origen y componen el llamado ciclo artúrico o materia de Bretaña.

**Durante el desarrollo**

*El rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda* es uno de los tópicos literarios más populares y uno de los que más producciones artísticas ha inspirado, desde el siglo XI hasta la actualidad, en todas sus formas de expresión, incluidas películas cinematográficas, series de televisión y series animadas. Por sus características, es un tema muy juvenil que puede interesar ampliamente a los estudiantes. Por demás, las obras medievales que lo integran son de lectura relativamente fácil y amena.

El interactivo se compone de seis viñetas que corresponden a las fuentes originarias del ciclo artúrico, dispuestas en orden cronológico, en la medida de lo posible. Cada viñeta contiene uno o más fragmentos de algunas de las obras representativas. Dichas fuentes son: 1. **Geoffrey de Monmouth** con su *Historia de los reyes de Britania* (*Historia regum Britanniae*) (1135). 2. El ***Mabinogion****,* una colección de textos medievales galeses de autores anónimos, escritos entre los siglos XI y XIII (1060-1200). 3. **Chrétien de Troyes**, considerado el padre de la novela en Occidente, autor de *Lancelot, el caballero de la carreta* (1181), y otras dos novelas caballerescas. 4. **Pseudo-Map** o ciclo de la Vulgata, conjunto de cinco obras de autor anónimo de las cuales se presentan fragmentos de *La historia de Merlín*, *La búsqueda del santo grial* y *La muerte del rey Arturo* (1230). 5. **Wolfram von Eschenbach**, con su novela caballeresca *Parzival* (1220). 6. **Sir** **Thomas Malory**, autor de *La muerte de Arturo* (1485).

* En relación con *Historia de los reyes de Britania*, se presentan dos fragmentos, uno concerniente a Úter Pendragón (Uterpandragón), padre de Arturo, y los sucesos relativos a la concepción y nacimiento del rey; el otro se refiere a la coronación de Arturo y sus primeros hechos como monarca. Es importante anotar que la obra pretende ser un texto histórico que reseña en orden cronológico la vida de los reyes de Bretaña hasta la ocupación de los sajones en el siglo VII. Pero su valor es más literario que histórico, pues más que ceñirse a los hechos ocurridos, se apega a las leyendas populares. Esto, desde el inicio, donde conecta la historia britana con la leyenda romana, y con Troya, a través de Eneas y su sobrino Bruto, quien habría llegado a la isla directamente desde Troya después de la guerra, con la ayuda de la diosa romana Diana (Artemisa). Este texto de Geoffrey de Monmouth es el inicio literario de la leyenda de Arturo y la materia de Bretaña.

Pídales a sus estudiantes que traten de identificar en los relatos qué elementos son claramente legendarios y cuáles podrían tener un carácter histórico.

* De los doce relatos del *Mabinogion,* cinco se relacionan directamente con el rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, dos de ellos procedentes de la tradición legendaria galesa y tres coinciden en gran medida con las obras de Chrétien de Troyes, aunque contienen pasajes que no se encuentran en las novelas del francés.

Discuta con sus estudiantes sobre el poder de la palabra en el relato, en forma de conjuro o encantamiento; igual, analicen el valor de la apariencia en ese mundo cortesano. Llévelos a que, a propósito de este aspecto, relacionen los textos de la primera viñeta. Invite a sus estudiantes a que imaginen el desarrollo del cuento que se presenta en la viñeta, ¿por qué ningún pretendiente de Olwen ha regresado con vida? ¿Quién es Yspadadden Penkawr, el padre de Olwen? ¿Podrá Kulhwch conseguir su propósito? ¿Qué pasará a continuación y cómo terminará la historia?

* En torno a *El caballero de la carreta,* de Chrétien de Troyes, puede hablarles del tema del amor como motor impulsor de las hazañas y aventuras caballerescas, y también causa de actos contrarios a la razón. Nótese que en el punto en que se deja el relato, Lancelot (Lanzarote) no un desconocido en la corte de Arturo, aparece de repente, impelido por el afán de rescatar a la reina, de quien está enamorado, pero a quien no conoce. Por amor, Lancelot abandona el código de la caballería (centro de la vida de los caballeros) y se sube a la carreta. Igual, Kulhwch se enamora de Olwen sin haberla visto y se embarca en la poco racional aventura de buscarla a toda costa. También el amor (pasión) lleva a Úter Pendragón a deslealtad y a la guerra.

Resalte cómo, a pesar de la devoción cristiana del caballero, con frecuencia se falta al mandamiento que prohíbe desear a la mujer (cónyuge) del prójimo.

Es importante hacer que los estudiantes caigan en cuenta de cómo lleva Troyes el ritmo de la narración: cómo, en algunos pasajes, con unas cuantas frases relata lo ocurrido en largos periodos, y en otros se detiene en lapsos relativamente cortos.

* El ciclo de la Vulgata representa el tronco central del ciclo artúrico. En él, el acento cristiano está mucho más marcado, así como la concepción mítica-mágica-religiosa del mundo. Resalte cómo, a pesar del origen y naturaleza demoniaca de Merlín, este se muestra como alguien altamente piadoso e instrumento de Dios, vigía del curso de los acontecimientos. Aunque en el fragmento no aparece, Merlín perdona la vida a los clérigos que quisieron su muerte, bajo la promesa de que jamás volverían ellos a practicar la brujería.

Invite a los alumnos a especular sobre la continuación de la historia: ¿qué pasa con los clérigos?, ¿qué significa la pelea de los dragones?

* *La búsqueda del santo grial* es también uno de los temas centrales en el ciclo artúrico. Hágales notar a sus estudiantes cómo la escena descrita de la aparición del vaso sagrado es análoga a la recepción del Espíritu Santo por los apóstoles durante la celebración de Pentecostés.

Motívelos a investigar sobre la leyenda del santo grial. Igual, pueden investigar sobre la Orden de los Caballeros Templarios y sobre Bernardo de Claraval, cuyos escritos influyeron en el ciclo de la Vulgata.

* De *La muerte del rey Arturo*, último libro del ciclo, se ha tomado el pasaje en el cual Arturo tiene noticia por primera vez de las infidelidades de la reina y Lancelot. Puede explorar con sus alumnos los temas relacionados con la lealtad, la amistad, la confianza, la traición y la infidelidad.
* Sobre *Perzival,* de Wolfram von Eschenbach, se tomó el pasaje relacionado con la crianza del héroe (Percival), alejado de la caballería, pues su madre, reina de tres reinos, quien fue abandonada por su esposo, noble caballero que partió en cumplimiento de su deber, teme perder también a su hijo. Vemos aquí, nuevamente, la idea de la nobleza como una característica congénita, asociada a la belleza, el valor, la destreza y otras virtudes del caballero. Aunque la obra se base en el inconcluso texto de Chrétien de Troyes, *Percival o El cuento del grial*, nótese cómo cambia el estilo de la narración. El narrador ya no se limita a contar los sucesos, también da opiniones y emite juicios. Como lo indica en el comienzo de la obra, cuenta “con voz nueva” la historia de aquel caballero.
* La obra de Sir Thomas Malory, *La muerte de Arturo* (no debe confundirse con la obra de autor anónimo de la Vulgata), es una reelaboración de la leyenda artúrica a partir de todas las fuentes anteriores, con un estilo moderno, limpio, objetivo y de fácil comprensión. Es la obra que más influyó en las realizaciones artísticas posteriores. En ella están basadas la mayoría de las producciones fílmicas hechas sobre el tema.

El episodio de la espada en la piedra que aquí se da a leer tiene diferencias con la *Historia de Merlín* en el ciclo de la Vulgata, mas no en *Historia de los reyes de Britania*. Los tres coinciden en la concepción de Arturo.

Motive a los estudiantes a investigar acerca de alguna producción actual relacionada con el ciclo artúrico (película, serie de televisión, serie animada, historieta) y si es posible, que las lleven a clase.

Otro ejercicio interesante puede ser elaborar fichas con los personajes del ciclo: el rey Arturo, Ginebra, Lancelot, Merlín, Excálibur, Galahad, Gawain, Percival, etc. Pueden mencionar sus características y reseñar las historias relacionadas con ellos.

* *La leyenda de Tristán e Isolda* (o Iseo) es una de las historias más populares e interesantes del ciclo, y fuente de inspiración de múltiples obras artísticas. Puede pedir a sus estudiantes que investiguen sobre dicha leyenda.

La mayoría de las obras están disponibles en internet en formato PDF. Puede motivar a sus estudiantes para que consigan alguna y aborden su lectura.

**FICHA DEL ALUMNO**

**El ciclo artúrico**

Las historias relacionadas con el legendario **rey Arturo** y sus **caballeros de la mesa redonda** componen lo que se ha llamado el **ciclo artúrico**. Se trata de un conjunto de obras escritas en diversos momentos entre los siglos XI y XV, algunas de autor anónimo y otras con autoría reconocida. Dicho ciclo, junto con un grupo de obras que no se relacionan directamente con el rey Arturo, pero sí con leyendas celtas y la historia legendaria de las islas británicas, a su vez comprende la llamada **materia de Bretaña**.

El rey Arturo es un personaje legendario, cuya existencia real es muy dudosa. Representa al caballero y al rey perfecto de acuerdo con los ideales de la caballería cortesana medieval. Su nombre aparece mencionado por primera vez en un poema galés del siglo VI, *y Gododdin*, como modelo de valor. Pero la inicial relación de su historia se encuentra en la obra *Historia de los reyes de Britania,* del clérigo galés **Geoffrey de Monmouth** (1100-1155), en 1135. Aunque esta obra pretende ser de carácter histórico, su verdadero valor es literario, no solo porque da origen literario a la leyenda de Arturo y al fenómeno artístico que le seguiría, sino también porque recoge las leyendas populares en torno a la historia de las islas británicas, que las relacionan con la fundación legendaria de Roma y la guerra de Troya. El texto hace una relación cronológica de la vida de los reyes de Bretaña, entre quienes se cuentan Úter Pendragón y Arturo, quienes se hallan acompañados por el también legendario mago Merlín, directamente involucrado en la concepción y nacimiento de Arturo.

Por la misma época, surgen algunos cuentos tradicionales galeses en los que aparecen Arturo y sus caballeros, textos recopilados varios siglos después en una obra –junto con otras leyendas celtas anteriores y romances (novelas) de caballería posteriores (dedicadas al ciclo artúrico)– titulada *Mabinogion*. Dicha obra de relatos galeses está dividida en tres partes: la primera se compone de leyendas celtas escritas hacia el siglo XI; la segunda contiene cuentos tradicionales galeses compuestos hacia el siglo XII, dos de los cuales se relacionan con Arturo; y la tercera parte consta de tres romances de caballería, escritos entre los siglos XII y XIII cuyos relatos coinciden con las obras del escritor francés **Chrétien de Troyes** (1135-1183), considerado el primer novelista de Francia y el padre de la novela occidental.

Aunque no es claro cuál de las obras fue primero, si las del *Mabinogion* o las de Troyes, es indudable el papel fundamental del escritor francés en la composición del ciclo artúrico y en la historia de la literatura universal. Tan solo hay setenta años entre el *Cantar de Roldan* y las obras de Troyes, pero se advierte una enorme diferencia estilística y de visión de mundo entre el cantar de gesta y los romances de caballería. El estilo de Troyes es fácil, fluido, descomplicado; ha perdido el tono grandilocuente y se ha hecho más natural, más ágil y desenvuelto a la hora de contar los incidentes y describir los detalles.

Chrétien de Troyes escribió cuatro romances centrados en el ciclo artúrico:

* *Erec et Enide* (1176), cuenta la historia de Erec, un caballero de la corte del rey Arturo que se casa con Enide, quien se ha enamorado de él por su dotes de caballería. Tras el matrimonio, Erec abandona la caballería para vivir con su esposa, pero con el tiempo se siente infeliz, pues extraña las aventuras, por lo cual sale de nuevo a buscarlas.
* *Yvain, el caballero del león* (1177), narra las pasiones y penas de Yvain, caballero de Arturo, quien encuentra el amor después de vengar un ultraje cometido contra su primo, Calogrenant. Yvain mata al ofensor, pero se enamora de la viuda, con la cual se casa. Sin embargo, la abandona en nombre de su honor de caballero. Mas el amor es fuerte e Yvain se arrepiente de su actuar. Durante su viaje salva la vida de un león, que se convierte en su fiel compañero.
* *Lancelot, el caballero de la carreta* (1181), cuenta los sacrificios, pruebas y proezas que debe realizar Lancelot para salvar a la reina Ginebra, esposa de Arturo, secuestrada por Meleagant. Tal hazaña será la primera de Lancelot como caballero y la que lo llevará a ser parte de la corte de Arturo.
* *Perceval o el cuento del grial*, obra inconclusa, pues Troyes murió antes de terminarla en 1183, relata la búsqueda del santo grial por los caballeros de Arturo y el aprendizaje de Perceval como caballero.

El ciclo de la Vulgata, o Pseudo-map, constituye el tronco central del ciclo artúrico, pues recoge y desarrolla de manera extensa la mayor parte de las historias relacionadas con Arturo y sus caballeros, en cinco obras de autor anónimo, aunque algunas de ellas se atribuyen a **Walter Map**, un historiador y escritor medieval inglés. Las novelas son:

* *Historia del santo grial*: cuenta cómo después de su muerte, Jesucristo se aparece a José de Arimatea, le entrega el santo grial (la copa de la última cena) y le pide que la lleve a las islas británicas.
* *Historia de Merlín*: narra el origen del legendario mago, su vida, sus prodigios y su relación con Arturo.
* *Historia de Lanzarote del lago (Lancelot en prosa)*: la más extensa de las obras, relata gran parte de la vida del héroe, desde su nacimiento hasta que su hijo, Galaz (Galahad), cumple quince años y está en edad de ser armado caballero. Esto es también la historia desde la muerte de Merlín hasta el comienzo de la demanda del santo grial.
* *La búsqueda del santo grial (La demanda del santo grial)*: se refiere a la búsqueda del grial por los caballeros de Arturo, encontrado por Galza.
* *La muerte del rey Arturo*: expone la decadencia de la corte del rey Arturo, arrastrada por la pasión y la infidelidad.

La inconclusa novela de Chrétiene de Troyes sobre Percival motivó a numerosos escritores a continuar la historia. Uno de ellos fue **Wolfram von Eschenbach** (1170-1220), caballero y poeta alemán, quien escribió la obra titulada *Perzival*. Wolfram toma el texto de Troyes, pero aumenta unos episodios, acorta o suprime otros y añade algunos totalmente nuevos. También cambia los nombres y los caracteres de los personajes. Igualmente, cambia el estilo e introduce reflexiones filosóficas, religiosas y políticas. La obra de Wolfram ya no está enmarcada en el mundo ideal de la caballería, sino en una sociedad sumida en una grave crisis política y religiosa, como la vivida a finales del siglo XII y principios del XIII.

Ya a mediados del siglo XV, durante la transición entre la Edad Media y el Renacimiento, **Sir Thomas Malory** (1416-1471) se atrevió a escribir una refundación del ciclo artúrico, publicada póstumamente bajo el título (dado por W. Caxton) de *La Muerte de Arturo* (1485). Dicha obra dio un impulso trascendental y definitivo a la materia de Bretaña, gracias a su inmensa difusión. Fue esta la que sirvió de sustento para la producción de un gran número de obras literarias en los siglos venideros, como las novelas de Walter Scott (17711832) *La dama del lago*, las reelaboraciones de Alfred Tennyson (1809-1892) *Los idilios del rey*, o de J. Steinbeck (19021968) *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*. Igual, inspiró a grandes dibujantes y pintores, y ha sido fuente de contenidos para producciones cinematográficas y series de televisión.

**DATOS DEL INTERACTIVO**

**MENÚ**

**\*** Número de imágenes del menú (**mín. 2 – máx. 8**) PARA CADA IMAGEN DE ESTE INCISO, COPIA LOS SIGUIENTES DOS BLOQUES *IMAGEN #...* Y *FICHA #...*

6

**\*** Título (**65** caracteres máx.) COPIA EL TÍTULO DEL RECURSO PARA EL TÍTULO DEL INTERACTIVO, A MENOS QUE SEA DIFERENTE. RECUERDA: EL TÍTULO NO DEBE REBASAR LOS 65 CARACTERES.

El ciclo artúrico

**\*** Instrucción (**68** caracteres máx.)

Lee atentamente los fragmentos de las obras relacionadas con la leyenda del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda.

**IMAGEN** 1 DEL MENÚ

**\*** Imagen del menú:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://static0.planetasaber.com/encyclopedia/Data/Imagenes/FOTOS/000KAP01.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG01)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG01

OPCIONAL Pie de imagen (**48** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Historia de los reyes de Bretaña.*

**\*** Número de fichas de imagen (**mín. 1 – máx. 6**) PARA CADA FICHA DE ESTE INCISO, COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *FICHA #...*

2

**FICHA** 1 DE IMAGEN 1

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

Historia de los reyes de Britania

Geoffrey de Monmouth

**\*** Texto

**VI. LOS GRANDES DÍAS DE LA HISTORIA DE BRITANIA**

**1. Aurelio Ambrosio y Úter Pendragón**

(…)

Se acercaba la Pascua, y Úter Pendragón convocó a los grandes del reino para la ceremonia de su coronación, que tendría lugar en día tan señalado y con los máximos honores. De muy diversas partes acudieron a Londres, y allí se reunieron todos la víspera de Pascua. Así celebró el rey fiesta tan solemne y desbordaba de alegría en compañía de sus barones, que a su vez se sentían pictóricos de júbilo al ver que él los recibía con espíritu placentero. Muchos nobles se dieron cita allí, dignos todos de una festividad tan alegre, y los acompañaban sus esposas e hijas.

Se contaba entre ellos Gorlois, duque de Cornubia, con su mujer, Igerna, que superaba en hermosura a todas las damas de Britania. Cuando el rey la vio, en medio de las otras mujeres, se enamoró al punto de ella y le consagró toda su atención, haciendo caso omiso de las demás: le ofrecía constantemente los mejores bocados de la mesa y, por medio de sus criados, le presentaba el vino en espléndidas copas de oro; le sonreía con frecuencia, manteniendo con ella una conversación alegre y chispeante. Se apercibió de ello el marido y, furioso, abandonó la corte sin pedir licencia al monarca. Ninguno de los presentes pudo hacerle volver, y es que él temía perder con el regreso a aquella a la que amaba sobre todas las cosas. Enfurecido, el rey le ordenó que volviera a la corte, pues quería obtener satisfacción del ultraje inferido. Gorlois se negó a obedecerlo. Entonces Úter, fuera de sí, juró solemnemente devastar las tierras de Gorlois, a menos que este reparase inmediatamente su agravio. No hubo solución. La querella creció entre ambos. Sin tardanza, reunió el rey un gran ejército y, dirigiéndose al ducado de Cornubia, prendió fuego a ciudades y castillos. Gorlois no se atrevió a enfrentarse con Úter, pues no tenía muchos soldados, y prefirió fortificar sus castillos y ganar tiempo hasta que vinieran en su ayuda tropas de Hibernia. Como el destino de su esposa lo angustiaba más que el suyo propio, decidió enviarla al castillo de Tintagel, a la orilla del mar, considerado como el lugar más seguro de Cornubia, y él se refugió en la fortaleza de Dimilioc para que, si llegaba el desastre, no corriesen peligro al mismo tiempo. Cuando el rey lo supo, se dirigió al castillo donde se hallaba Gorlois y le puso sitio, cortando todo acceso a él.

Finalmente, al cabo de una semana, no olvidando su amor por Igerna, llamó Úter a Ulfin de Ridcaradoc, compañero de armas y amigo íntimo, y le confió sus sentimientos:

—Me consumo en amor por Igerna, y estoy seguro de que mi vida corre un serio peligro si no consigo poseerla. Dime tú cómo puedo satisfacer mi voluntad, pues, de otro modo, moriré, víctima de mi propio deseo.

Ulfin respondió:

—¿Qué consejo podría serte útil, cuando no existe fuerza en el mundo que nos permita llegar donde está ella, en el inexpugnable castillo de Tintagel? El mar lo rodea por todas partes, y no hay más entrada a la fortaleza que un angosto pasillo de roca: bastan tres hombres para defenderlo, aunque te presentes allí con todo el reino de Britania. No obstante, si el profeta Merlín toma cartas en el asunto, pienso que con su ayuda bien podrías conseguir tu propósito.

Dio crédito el rey a las palabras de Ulfin y ordenó llamar a Merlín, que también había acudido al asedio. Una vez en presencia del monarca, el sabio fue intimado a sugerir de qué modo podría Úter satisfacer su deseo de Igerna. Al ver los sufrimientos que padecía el rey a causa de una mujer, se maravilló mucho Merlín de tan extremada pasión y dijo:

—Para dar cima a tu deseo, deberás servirte de artes nuevas para tu tiempo e inauditas. Con mis drogas sé cómo darte la apariencia de Gorlois, de manera que en todo te asemejes a él. Si haces lo que te digo, te convertiré en un doble perfecto del duque, y a Ulfin en la réplica exacta de su camarada Jordán de Tintagel. También yo cambiaré de forma, y me uniré a la expedición. De ese modo podrás entrar a salvo en el castillo y tener acceso a Igerna.

Convino el rey en ello, demostrando un enorme interés. Dejó, en fin, el asedio en manos de sus subordinados, tomó las drogas de Merlín y adquirió al punto la apariencia de Gorlois. Ulfin se transformó en Jordán y Merlín en un tal Britael, sirviente del duque, de manera que nadie pudiese adivinar quiénes eran en realidad. Emprendieron después camino a Tintagel y llegaron al castillo con el crepúsculo. En cuanto vio el guardián que su amo se aproximaba, abrió las puertas y franqueó la entrada a los tres hombres. ¿Qué otra cosa podía hacer si hubiese jurado que el mismísimo Gorlois acababa de llegar? Permaneció el rey aquella noche con Igerna y satisfizo su deseo. A ella la engañó su falsa apariencia, y también la engañaron sus fingidas palabras, que astutamente había concebido de antemano: le dijo que había salido en secreto de la fortaleza asediada para velar por la seguridad de su querida esposa y del castillo en que se encontraba; y ella creyó cuanto decía y se ofreció a él sin reservas. Concibió Igerna aquella noche al celebérrimo Arturo, que tanta fama adquiriría más tarde por su extraordinario valor.

En el ínterin, cuando se descubrió en el asedio de Dimilioc que el rey se hallaba ausente, su ejército, obrando por cuenta propia, se dispuso a abatir las murallas y a provocar al asediado duque a combatir. Gorlois, mal aconsejado, realizó una salida con sus compañeros de armas, pensando que podría oponerse a tan gran hueste de guerreros con una tropa tan exigua. El duque fue de los primeros en caer, sus hombres fueron dispersados y la fortaleza, tomada. El botín no se repartió de forma equitativa, pues cada soldado tomaba con garra codiciosa todo lo que el azar o la fuerza bruta ponía a su alcance. Una vez concluido tan desenfrenado pillaje, vinieron mensajeros a Igerna para anunciarle la muerte de su esposo y el final del asedio. Cuando vieron al rey sentado junto a la duquesa bajo la apariencia de Gorlois, enrojecieron de estupefacción, pues el hombre al que habían dejado atrás, muerto en Dimilioc, se encontraba ahora allí, sano y salvo. Desde luego, nada sabían de las drogas preparadas por Merlín. Rióse Úter al oír semejantes noticias y, rodeando con sus brazos a Igerna, dijo:

—¡A fe que no estoy muerto, sino vivo, y bien vivo, como podéis ver todos! Mucho me entristece, sin embargo, la destrucción de mi fortaleza y la muerte de mis camaradas. Es de temer que el rey llegue hasta aquí y nos prenda en este castillo. Saldré a su encuentro y haré la paz con él, no sea que nos sobrevenga algo peor.

De modo que partió y se dirigió hacia su propio ejército, y, abandonando la apariencia de Gorlois, volvió a ser Úter Pendragón. Cuando se enteró de todo lo sucedido, lamentó el fin de Gorlois; pero se alegró, al mismo tiempo, pues así Igerna se veía libre del vínculo conyugal. Regresó luego al castillo de Tintagel, lo capturó y, con él, a Igerna, que era lo que más deseaba conquistar. Desde entonces vivieron ambos juntos, unidos por un mutuo y gran amor, y tuvieron un hijo y una hija. El niño fue llamado Arturo y la niña, Ana.

(…)

Geoffrey de Monmouth.

Traducción de Cuenca y Prado, Luis Alberto de (1984).

Editora Nacional, Madrid.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/3a/Arthur-Pyle_Uther-Pendragon.JPG>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG02

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Úter Pendragón

**FICHA** 2 DE IMAGEN 1

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

**Historia de los reyes de Britania**

**Geoffrey de Monmouth**

**\*** Texto

**2. Arturo**

Muerto Úter Pendragón, los barones de Britania llegaron desde las distintas provincias a la ciudad de Silchester y sugirieron a Dubricio, arzobispo de la Ciudad de las Legiones, que coronara a Arturo, su hijo, como rey de la isla. La necesidad los urgía a ello, pues los sajones, enterados del fallecimiento de Úter, llamaron a sus compatriotas de Germania y, acaudillados por Colgrin, amenazaban con exterminar a los britanos. Habían ya sometido la parte de la isla que se extiende desde el río Humber hasta el mar de Caithness. Dubricio, lamentando las calamidades de su patria, convocó a los obispos e impuso sobre las sienes de Arturo la diadema del reino.

Era entonces Arturo un joven de quince años, de un valor y una generosidad sin precedentes. Su innata bondad le había granjeado tanto favor a los ojos del pueblo, que casi todos lo amaban. Tan pronto como fue coronado, y siguiendo inveterada costumbre, comenzó a distribuir regalos entre sus súbditos. Fue tal la multitud de caballeros que acudió a su presencia, que se agotaron sus recursos. Mas todo aquel en quien se alían de forma natural la liberalidad y el coraje, si en un momento dado se ve agobiado por la necesidad, no se verá abrumado por ella durante mucho tiempo.

Así que Arturo, en quien se daban cita la liberalidad y el coraje, resolvió atacar a los sajones, con ánimo de repartir las riquezas del enemigo entre sus camaradas. La propia justicia de su causa lo animaba a ello, pues había obtenido por derecho hereditario la soberanía de toda la isla. Reunió, pues, a toda la juventud del reino y marchó sobre Eboraco. Cuando Colgrin lo supo, convocó a sus sajones, pictos y escotos, y le salió al encuentro con una impresionante muchedumbre a orillas del río Duglas, donde tuvo lugar la batalla, sufriendo ambos ejércitos pérdidas numerosas. Al cabo, Arturo se hizo con la victoria. Colgrin huyó, y Arturo lo persiguió y puso sitio a Eboraco, donde el sajón buscó refugio. Al enterarse de la derrota de su hermano Colgrin, Baldulfo se dirigió con seis mil hombres a la ciudad sitiada, con la esperanza de romper el asedio.

Cuando Colgrin combatía a orillas del Duglas, Baldulfo se encontraba en la costa, esperando la llegada de Cheldric, un caudillo sajón que estaba a punto de desembarcar en su auxilio desde Germania. Lo separaban ya tan solo diez millas de Eboraco cuando decidió proseguir la marcha durante la noche y caer por sorpresa sobre Arturo. Pero este conoció sus propósitos y ordenó a Cador, duque de Cornubia, que saliera al encuentro de Baldulfo esa misma noche, con seiscientos jinetes y tres mil infantes. Rodeó Cador el camino por donde marchaban los enemigos y, atacándolos de improviso, mató a la mayoría, poniendo en fuga a los supervivientes. Muy angustiado se halla Baldulfo por no haber podido ayudar a su hermano, y debate consigo mismo cómo va a ingeniárselas para comunicarse con Colgrin, pues está seguro de que, si consigue llegar a su presencia, entre los dos discurrirán algo para salir del apuro. Como no existe otro medio de acceso a la ciudad, se afeita los cabellos y la barba, y se disfraza de juglar, cítara en mano. Comienza luego a pasear por el campamento, pretendiendo ser un músico ambulante que concierta melodías con su lira. Nadie sospecha nada, y él, poco a poco, va acercándose a las murallas de la ciudad, siempre con la misma intención. Finalmente, los sitiados lo reconocen, lo izan con cuerdas al otro lado de los muros y lo conducen a presencia de Colgrin, quien, al verlo, lo colma de besos y abrazos, como si regresara de entre los muertos. Cuando, tras mantener ambos hermanos exhaustivas deliberaciones, han perdido ya toda esperanza de escapar, vuelven a las costas de Albania los mensajeros que habían enviado a Germania, y traen consigo seiscientas naves repletas de bravos guerreros y a Cheldric como caudillo. Llegado que hubieron estas nuevas al campamento de Arturo, los consejeros del rey lo disuadieron de continuar por más tiempo el asedio, pues entrañaba un serio peligro enfrentarse a un número tan crecido de enemigos.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/0e/Innsbruck_1_262.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG03

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Estatua del rey Arturo, en Innsbruck (Austria), de los artistas alemanes Alberto Durero (diseño) y Peter Vischer (producción), 1520.

**IMAGEN** 2 DEL MENÚ

**\*** Imagen del menú:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<https://princessofdragons.files.wordpress.com/2014/10/1024px-welsh_dragon_memorial_mametz_wood.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG01)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG04

OPCIONAL Pie de imagen (**48** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Mabinogion*, Relatos galeses

**\*** Número de fichas de imagen (**mín. 1 – máx. 6**) PARA CADA FICHA DE ESTE INCISO, COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *FICHA #...*

1

**FICHA** 1 DE IMAGEN 2

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

Mabinogion, relatos galeses

**\*** Texto

**Kulhwch Y Olwen**

Kilydd, hijo del príncipe Kelyddon Wledig, quiso una mujer tan bien nacida como él y eligió a Goleuddydd, hija de Anllawdd Wledig. Cuando estuvieron bajo el mismo techo, el país rezó para que tuvieran un heredero y gracias a sus rezos nació un hijo. Pero desde que se quedó encinta, se volvió loca y no se acercó a ninguna casa habitada. Cuando llegó el momento del parto, recobró el buen sentido y volvió. Llegó a un lugar donde un porquerizo estaba guardando un rebaño de cerdos y por terror a estos animales la reina dio a luz. El porquerizo cogió al niño y lo llevó a la corte. Le bautizaron y le dieron el nombre de Kulhwch, porque lo habían encontrado en el revolcadero de los cerdos. No obstante, el niño era de noble linaje: era primo hermano de Arturo. Entregaron al niño al cuidado de una nodriza.

Después del acontecimiento, la madre del niño, Goleuddydd, hija de Anllawd Wledig, cayó enferma. Hizo venir a su marido y le dijo:

—Moriré de esta enfermedad y tú querrás otra mujer. En estos días las mujeres son las dispensadoras de los dones, pero te perjudicará despojar a tu hijo. Te pido que no tomes mujer hasta que no hayas visto un zarzal de dos cabezas sobre mi tumba.

El se lo prometió. Entonces ella llamó a su preceptor y le pidió que limpiara su tumba todos los años de forma que nada pudiera crecer encima.

La reina murió. Cada día el rey enviaba a un servidor para ver si crecía algo sobre la tumba. Al cabo de siete años, el preceptor descuidó lo que había prometido a la reina. Un día en que el rey estaba cazando, se dirigió al cementerio; necesitaba ver la tumba porque deseaba tomar mujer. Vio allí el zarzal. En seguida mantuvo consejo para saber dónde encontraría mujer. Uno de sus consejeros le dijo:

—Conozco una mujer que te convendría. Es la mujer del rey Doged.

Decidieron ir a buscarla. Mataron al rey, se llevaron a su mujer y a su hija única y tomaron posesión de las tierras del rey.

Un día la reina fue a pasear y llegó hasta la casa de una vieja que estaba en la ciudad, y a la que no le quedaba más que un diente en la boca. La reina le dijo:

—Vieja, ¿quieres decirme, en nombre de Dios, lo que te voy a preguntar? ¿Dónde están los niños del que me raptó?

—No tiene hijos —dijo la vieja.

—¡Qué desgraciada soy de haber caído en manos de un hombre sin hijos! —dijo la reina.

—Inútil quejarse —respondió la vieja—. Está predicho que tendrá un heredero y lo tendrá de ti, puesto que no lo ha tenido de otra. Por lo demás, consuélate: tiene un hijo.

La princesa regresó gozosa a la casa y dijo a su marido:

—¿Por qué me ocultas a tu hijo?

—No lo haré por más tiempo —dijo el rey.

Envió a buscar a su hijo y lo llevó a la corte. Su madrastra le dijo:

—Harás bien en tomar mujer. Justamente tengo una hija que convendría a cualquier noble del mundo.

—No tengo todavía la edad de tomar mujer —respondió él.

Entonces ella replicó:

—Quiero jurar tu destino: tu costado no chocará jamás contra una mujer hasta que conquistes a Olwen, la hija de Yspadadden Penkawr.

El joven enrojeció y el amor de la joven le penetró en todos sus miembros, a pesar de que no la había visto nunca.

—Hijo —le dijo el padre—, ¿por qué cambias de color? ¿Qué es lo que te aflige?

—Mi madrastra ha jurado que no tendré mujer hasta que conquiste a Olwen, la hija de Yspadadden Penkawr.

—Eso es fácil para ti. Arturo es tu primo hermano. Ve a ver a Arturo para que arregle tus cabellos: pídeselo como presente.

El joven partió en un corcel de cabeza gris cenicienta de cuatro inviernos de edad, con los muslos poderosamente articulados, cascos brillantes como conchas y un freno tubular de oro en la boca. Montaba sobre una silla de oro de gran precio. Llevaba dos jabalinas de plata bien aguzadas, una lanza empendonada cuya longitud desde el asta hasta el extremo de la punta de hierro era de un codo, tomando por medida el codo de un hombre corpulento. Le habría sacado sangre al viento: era más veloz que la más veloz gota de rocío cayendo de la punta de la caña al suelo cuando más intenso es el rocío en el mes de junio. De su cintura colgaba una espada con empuñadura de oro y hoja de oro, y se cubría con un escudo labrado en oro del color del relámpago del cielo, con brocal de marfil.

Delante de él retozaban dos lebreles de pecho blanco y piel moteada, llevando cada uno en el cuello un collar de oro rojo desde la coyuntura de la espalda hasta las orejas. El de la izquierda pasaba a la derecha y el de la derecha a la izquierda, jugueteando así alrededor de él como dos golondrinas de mar. Los cuatro cascos de su corcel iban segando cuatro terrones de hierba, como cuatro golondrinas en el aire por encima de su cabeza, ora delante de él, ora detrás. Encima llevaba una capa de púrpura cuadrangular, con cuatro manzanas de oro rojo en cada uno de los ángulos por valor de cien vaces cada una. En las calzas, estribos y la espada noruega que colgaba desde lo alto del muslo hasta la punta del pie había precioso oro por valor de trescientas vaces. Ni un ápice de pelo se le agitaba, tan ligero era el galope del corcel en su camino hasta la puerta de la corte de Arturo.

El joven dijo:

—¿Hay aquí un portero?

—Sí. Y tu cabeza no debe estar en su sitio para hacer una pregunta así. Soy portero de Arturo cada primer día de enero. El resto del año se ocupan mis sustitutos, Huandaw, Gogigwc, Llaeskenym y Pennpingyon, que anda sobre la cabeza para conservar sus pies, no hacia el cielo ni hacia la tierra, sino como una piedra rodando sobre el suelo de una corte.

—Abre la puerta.

—No quiero.

—¿Por qué?

—El cuchillo está en la carne, la bebida en el cuerno y completamente llena la sala de Arturo. No dejan entrar más que a los hijos de rey de un reino reconocido o al artista que trae su arte. Se dará de comer a tus perros y a tus caballos; a ti te ofrecerán rodajas de carne caliente con pimienta, vino en abundancia y una música agradable. Te llevarán comida cincuenta hombres a la hospedería, allí donde comen las gentes de países lejanos y aquellos que no han ofrecido un arte en la corte del rey Arturo; no estarás allí peor que en la sala de Arturo. Te ofrecerán una mujer para que duerma contigo y los placeres de la música. Mañana a la hora tercia, cuando se abra la puerta a la hueste que ha venido aquí hoy, tú pasarás el primero y podrás elegir el sitio que quieras en la sala de Arturo, desde el extremo más alto hasta el más bajo.

—No haré nada de eso —dijo el joven—. Si abres la puerta, no pasará nada; si no la abres, haré que caiga la vergüenza sobre tu señor y mala reputación sobre ti y lanzaré tres gritos tales en esta puerta que no se podrá oír nada en la cima de Pengwaed, en Kernyw (Cornuailles inglés); ni en las profundidades de Din Sol, en el norte; ni en Esgeir Dervel, en Iwerddon, y todas las mujeres encintas de esta isla abortarán y las demás tendrán una carga dentro de sus vientres de forma que a partir de este día no concebirán jamás.

Glewlwyt Gavaelvawr le respondió:

—Por más que grites contra las leyes de la corte de Arturo no te dejarán entrar antes de que primero haya hablado con Arturo —y Glewlwyt entró en la sala.

—¿Ocurre algo en la puerta? —dijo Arturo.

—Han pasado dos tercios de mi vida y también dos tercios de la tuya. He estado en Kaer Se y Asse, en Sach y en Salach, en Lotor y en Fotor; he estado en India la Mayor y en la Menor; he estado en la batalla de los dos Ynyr cuando los doce rehenes fueron traídos de Llychlyn (de Escandinavia); he estado en Europa (Egrop) y en África, en las islas de Córcega (Corsica), en Kaer Brythwch, Brythach y Nerthach. Estuve allí cuando mataste a gentes de la casa de Cleis, hijo de Merin; cuando mataste a Mil Du, hijo de Ducum; estaba contigo cuando conquistaste Grecia en Oriente; he estado en Kaer Oeth y Anoeth; he estado en Kaer Nevenhyr; allí vimos a nueve poderosos reyes, hombres magníficos; pues bien, ¡jamás he visto a nadie tan noble como el que está en la puerta de entrada en este momento!

—Si has venido dando un paseo, vuelve corriendo —dijo Arturo—. Que todos los que ven la luz, que abran los ojos y los cierren, sean sus esclavos; que unos le sirvan con los cuernos de oro y otros rodajas de carne caliente y pimienta, mientras espera que su comida y bebida estén dispuestas. Es una vergüenza dejar bajo la lluvia y el viento a un hombre semejante.

—Por la mano de mi amigo —exclamó Kei—, si se siguiera mi consejo, las leyes de la corte no se violarían por su culpa.

—Estás en un error, querido Kei —dijo Arturo—. Somos hombres nobles en la medida en que se recurre a nosotros. Mayor será nuestra generosidad y mayor será nuestra nobleza, gloria y reputación.

Y Glewlwyt volvió a la entrada y abrió la puerta al joven. Aunque todo el mundo desmontara en el montador de piedra de la entrada, Kulhwch no lo hizo y entró con su corcel.

—¡Salud!, príncipe soberano de esta isla —exclamó—. Saludo tanto a los de arriba como a los de abajo de esta casa. Saludo a tus nobles, a tu séquito y a los conductores de huestes. Que todos reciban por igual mi saludo. Y así como te he saludado, que tu gracia, gloria y lealtad estén siempre en esta isla.

—¡Salud! —dijo Arturo—. Siéntate entre dos de mis guerreros; te ofrecerán los deleites de la música y serás tratado como un príncipe, futuro heredero de un trono. Mientras estés aquí, comenzaré por tu mano cuando distribuya mis dones en esta corte y entre los huéspedes y las gentes de lejos.

—No he venido aquí a buscar alimentos o bebidas —dijo el joven—. Si obtengo el presente que deseo, sabré reconocértelo y celebrarlo. Si no lo obtengo, llevaré tu deshonor hasta las cuatro esquinas del mundo, tan lejos como ha llegado tu fama.

—Puesto que no quieres permanecer aquí —dijo entonces Arturo—, obtendrás el presente que nombren tu boca y tu lengua, tan lejos como seque el viento, moje la lluvia, gire el sol, se estreche el mar, se extienda la tierra, a excepción de Kaledvwlch, mi espada; Rongomyant, mi lanza; Gwyneb Gwrthucher, mi escudo; Karnwenhan, mi cuchillo, y Gwenhwyvar, mi mujer. Pongo a Dios por testigo, te lo daré con placer. Indícame lo que quieres.

—Quiero que arregles mis cabellos.

—Lo haré.

Arturo cogió un peine de oro, tijeras con los anillos de plata y le peinó la cabeza y le preguntó quién era:

—Siento cómo mi corazón se ensancha frente a ti; sé que eres de mi sangre. Dime quién eres.

—Lo haré —respondió el joven—. Soy Kulhwch, hijo de Kilydd, hijo del príncipe Kelyddon Wledig y de Goleuddydd mi madre, hija del príncipe Anllawdd Wledig.

—Entonces es cierto —respondió Arturo—. Eres mi primo hermano. Dime todo lo que quieres y tendrás todo lo que nombren tu boca y tu lengua.

—¿Lo juras por la verdad de Dios y la verdad de tu reino?

—Sí, te lo daré con gusto.

—Pido que consigas para mí a Olwen, hija de Yspadadden Penkawr, y la invoco aquí en nombre de tus guerreros.

(…)

Arturo le dijo entonces:

—Jamás he oído hablar de la doncella que dices, ni tampoco de sus parientes. Con mucho gusto enviaré mensajeros en su búsqueda.

Desde aquella noche hasta la misma noche al cabo de un año, los mensajeros estuvieron buscando a la doncella. Y al cabo de un año, como los mensajeros de Arturo no habían encontrado nada, Kulhwch dijo:

—Todos han obtenido su presente y yo todavía estoy esperando el mío. Me voy y me llevaré tu honor conmigo.

—Príncipe —exclamó Kei—, ¡injustamente reprochas a Arturo! Ven con nosotros, y hasta que tú mismo reconozcas que la joven no se encuentra en ningún lugar del mundo o bien hasta que la hayamos encontrado, no nos separaremos de ti.

Diciendo estas palabras, Kei se levantó. Kei tenía el privilegio de que podía respirar nueve noches y nueve días bajo el agua y permanecer nueve noches y nueve días sin dormir. Ningún médico podía curar una herida de la espada de Kei; además tenía una facultad maravillosa cuando quería: podía ser tan alto como el árbol más alto del bosque. Otro privilegio: cuando más copiosamente caía la lluvia, todo lo que tuviera por encima y por abajo de la mano permanecía seco a la distancia de un palmo, debido a su gran calor natural, y también hacía las veces de combustible para sus compañeros cuando el frío era muy intenso.

Arturo llamó a Bedwyr, quien jamás retrocedía ante una empresa en la que Kei participara. Nadie era más noble que él en aquella isla, a excepción de Arturo y de Drych, hijo de Kibddar: y aunque solo tenía una mano, tres combatientes no hacían salir la sangre con más rapidez que él en el campo de batalla. Poseía otra virtud: su lanza producía una herida al entrar, pero nueve al retirarla.

Arturo llamó a Kynddelic el Guía:

—Ve a esta empresa con el príncipe —dijo. Kynddelic no era peor guía en un país que jamás hubiera visto que en el suyo propio.

Arturo llamó a Gwrhyr Gwalstawt Ieithoedd (intérprete de lenguas), porque sabía todas las lenguas. Llamó a Gwalchmei, hijo de Gwyar, que jamás regresaba sin lo que había ido a buscar. Era el mejor de los caminantes y el mejor de los jinetes. Era sobrino de Arturo, hijo de su hermana y su primo hermano. Arturo llamó también a Menw, hijo de Teirgwaedd: si llegaban a un país pagano, podía hechizarlos de tal forma que nadie podría verlos y ellos podrían ver a todo el mundo.

Marcharon hasta una vasta llanura en la que vieron un gran castillo fortificado, el más bello del mundo. No descansaron en todo el día, y cuando ya se creían muy cerca del castillo, no se habían aproximado más que por la mañana. Continuaron su marcha tres días y con mucho esfuerzo lograron llegar hasta allí. Cuando estuvieron delante, vieron un rebaño de corderos, del cual no se veía ni principio ni fin. Desde la cima de la colina, un pastor vestido con una casaca de piel los guardaba; junto a él había un mastín de pelo erizado, más grande que un semental de nueve inviernos. Tenía la cualidad de no haber perdido nunca un cordero y mucho menos una bestia más grande. Jamás nadie había pasado por su lado sin perjuicio o mortal herida; su aliento quemaba toda la madera seca y los matorrales que había en la llanura.

—Gwhrhyr Gwalstawt Ieithoedd (intérprete de lenguas) —dijo Kei—, ¡ve a hablar con aquel joven!

—Kei —respondió él—, solo he prometido ir hasta donde vayas tú mismo.

—Entonces iremos juntos —dijo Kei.

—No temáis —dijo Menw, hijo de Teirgwaedd—; lanzaré un encantamiento sobre el perro y no hará daño a nadie.

Se dirigieron al lugar donde estaba el pastor y le dijeron:

—¿Eres rico, pastor?

—Que a Dios no plazca que seáis más ricos que yo alguna vez.

—Por Dios, tú eres el dueño.

—No hay aflicción que pueda dañarme, salvo mi mujer.

—¿De quién son las ovejas que guardas y de quién es aquel castillo?

—¡Sois hombres locos! En todo el universo se sabe que este es el castillo de Yspadadden Penkawr.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Kustenin, hijo de Dyvnedic, y por culpa de mi mujer, Yspadadden Penkawr ha labrado mi ruina. ¿Y vosotros quiénes sois?

—Mensajeros de Arturo, que hemos venido hasta aquí para pedir a Olwen, la hija de Yspadadden Penkawr.

—¡Oh, hombres! ¡Dios os proteja! Por nada del mundo hagáis eso. Ni uno solo de los que han venido a hacer esta petición ha regresado con vida.

(…)

Anónimo.

Edición de Cirlot, Mª Victoria.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/4/40/Culhwch_%281900%29.jpg>

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/en/a/a5/Ysbaddaden.jpeg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG05

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Kaledvwlch en la corte del rey Arturo.

*Kaledvwlch ante Ysbadadden*. Imagen de E. Wallcousins en *Mitos y leyendas celtas*, Charles Squire, 1920.

**IMAGEN** 3 DEL MENÚ

**\*** Imagen del menú:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/05/French_-_Casket_with_Scenes_of_Romances_-_Walters_71264_-_Back.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG01)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG06

OPCIONAL Pie de imagen (**48** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Chrétien de Troyes

**\*** Número de fichas de imagen (**mín. 1 – máx. 6**) PARA CADA FICHA DE ESTE INCISO COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *FICHA #...*

1

**FICHA** 1 DE IMAGEN 3

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

Lancelot, el caballero de la carreta

**\*** Texto

Así que en una fiesta de la Ascensión había reunido el rey Arturo su corte, tan rica y hermosa como le gustaba, tan espléndida como a un rey convenía. Después de la comida, quedóse el rey entre sus compañeros. En la sala había muchos nobles barones, y con ellos también estaba la reina. Además había, a lo que me parece, muchas damas bellas y corteses que hablaban con refinamiento la lengua francesa.

En tanto Keu, que había dirigido el servicio de las mesas, comía con los condestables. Mientras Keu estaba sentado ante su comida, he aquí que se presentó un caballero ante la corte, muy pertrechado para el combate, vestido con todas sus armas. El caballero con tales arreos se llegó ante el rey, adonde estaba Arturo sentado entre sus barones, y sin saludarle, así dijo:

—¡Rey Arturo, retengo en mi prisión a caballeros, damas y doncellas de tu tierra y tu mesnada! Pero no te digo tales nuevas porque piense devolvértelos. Por el contrario, te quiero advertir y hacer saber que no tienes poder ni haberes con los que puedas recobrarlos. ¡Sábete bien que morirás sin poderlos ayudar!

El rey responde que se resignará a sufrir, si no puede remediarlo; pero muy fuerte le pesa tal penar.

Entonces el caballero hace ademán de querer partir. Se da la vuelta, sin detenerse ante el rey, y viene hasta la puerta de la sala. Pero no traspone los peldaños. Se detiene de pronto y dice desde allí:

—Rey, si en tu corte hay caballero, siquiera uno, en quien fiaras a tal punto de atreverte a confiarle a la reina para conducirla en pos de mí, a ese bosque, adonde yo me dirijo, allí lo aguardaré con la promesa de devolverte todos los prisioneros que están en cautividad en mi tierra; con tal que pueda defenderla frente a mí y reconducirla aquí por su propio mérito.

Esto oyó todo el palacio, y toda la corte quedóse pasmada y conmovida.

La noticia llegó a oídos de Keu, que estaba comiendo con los mayordomos. Deja su yantar y acude con premura junto al rey y comienza a decirle con aspecto airado:

—Rey, te he servido bien, con clara fidelidad y lealmente. Ahora me despido y voy a irme, así que no te serviré más. No tengo deseo ni intención de servirte de ahora en adelante.

Apenóse el rey de lo que sucedía, y apenas se repuso para contestarle, le dijo bruscamente:

—¿Es eso verdad o chanza?

Y Keu responde:

—Buen señor rey, no me dedico ahora a las chanzas. Bien cierto es que en seguida me despido. De vos no pretendo más recompensas ni soldadas por mi servicio. ¡He tomado la decisión de irme sin demora!

—¿Es por ira o por despecho —pregunta el rey— por lo que os queréis marchar? ¡Senescal, quedaos en la corte, en vuestro puesto habitual! Y sabed bien que no tengo nada en el mundo que no os dé sin reparos para manteneros aquí.

—Señor —dice él— no os esforcéis. No aceptaría ni que me regalarais un bolsillo de oro puro al día.

Ya quedó el rey muy desesperado; y así acudió a la reina:

—Señora —le dijo—, ¿sabéis lo que el senescal me reclama? Pide licencia para despedirse y afirma que no volverá a la corte jamás; no sé por qué. Lo que no quiere hacer por mí lo hará pronto por vuestra súplica. Id a él, mi querida dama. Ya que no se digna a quedarse por mí, rogadle que permanezca por vos. Y caed a sus pies, si es preciso; que si pierdo su compañía, jamás estaré alegre.

El rey envía a la reina al senescal, y ella va. Con su acompañamiento lo encontró; y, apenas llega ante él, así habla:

—Keu, gran pena he recibido, sabedlo con certeza, de lo que he oído decir de vos. Me han contado, y eso me pesa, que os queréis partir lejos del rey. ¿Qué os impulsa a ello?, ¿qué sentimiento? No me parece propio de un hombre sabio ni cortés, como yo suelo consideraros. Que os quedéis, rogaros quiero. ¡Keu, quedaos, os lo suplico!

—Señora —él dice—, con vuestra venia; pero no voy a quedarme de ningún modo.

Y la reina aún más suplica, y todos los caballeros a coro; pero Keu contesta que se fatigan por algo que es en vano. Y la reina, con toda su altura, se echa a sus pies. Keu le ruega que se levante; pero ella afirma que no lo hará. No se levantará hasta que él otorgue su petición.

Entonces Keu le ha prometido que se quedará, con tal de que el rey le otorgue de antemano lo que va a pedir, y ella misma haga otro tanto.

—Keu —responde la reina—, lo que sea, él y yo lo concedemos. Ahora venid, que le diremos que os habéis contentado así.

Con la reina vase Keu y así llegan ante el rey.

—Señor, he retenido a Keu —dice la reina—, con gran esfuerzo. Os lo traigo con la promesa de que haréis lo que os pida.

El rey suspiró de alegría, y promete que cumplirá su petición, cualquiera que sea.

—Señor, sabed pues lo que exijo y cuál es el don que me habéis asegurado. Por muy afortunado me tendré, cuando lo obtenga por vuestra gracia. Me habéis otorgado la custodia y defensa de la reina que aquí está; así que iremos tras el caballero que nos aguarda en el bosque.

Al rey le entristece su promesa. Pero la confirma, y a su pesar no se desdice de ella; pero lo hace con amargura y tristeza, como se muestra bien en su rostro.

Mucho se apesadumbró la reina; y todos comentan en el palacio que orgullo, exceso y sinrazón había sido la petición de Keu. Tomó el rey a la reina de la mano y así le dijo:

—Señora, sin protestas conviene que marchéis.

Y Keu contestó:

—¡Bien, dejadla a mi cuidado! ¡Y no temáis más nada, que la volveré a traer muy bien sana y salva!

El rey se la confía y él se la lleva. En seguimiento de los dos salieron todos; y nadie estaba exento de preocupación.

Sabed que pronto el senescal estuvo completamente armado, y su caballo fue conducido al medio del patio. A su lado estaba un palafrén, que no era indócil ni remolón, sino como conviene a la montura de una reina. Esta llega a su palafrén, mortecina, doliente y suspirosa; lo monta mientras dice por lo bajo, para no ser oída:

—¡Ah, rey, si lo supierais, creo que no permitiríais que Keu me alejara ni un solo paso!

Creyó haberlo murmurado muy bajo; pero la oyó el conde Guinable, que muy cerca estaba de su montura.

A su marcha tan gran duelo hicieron todos aquellos y aquellas que la presenciaron, como si se partiera muerta sobre el ataúd. Pensaban que no regresaría jamás en vida. El senescal, en su desmesura, se la lleva adonde el otro los aguarda. Pero nadie se angustió tanto que intentara su persecución.

Hasta que, al fin, mi señor Galván dice al rey su tío, en confidencia:

—Señor —dice—, muy gran niñería habéis hecho, y mucho me maravillo de eso. Mas, si aceptáis mi consejo, mientras aún están cerca, podríamos salir tras ellos vos y yo, y aquellos que quieran acompañaros. Yo no podría contenerme por más tiempo sin salir en pos de ellos. No sería digno que no les siguiéramos, al menos hasta saber lo que le acontecerá a la reina y cómo Keu se comportará.

—Vayamos pues, buen sobrino —dijo el rey—. Muy bien habéis hablado como noble cortés. Y ya que habéis tomado el asunto a vuestro cargo, mandad que saquen los caballos, y que les pongan sus frenos y monturas, para que no quede sino cabalgar.

Ya han traído los caballos; ya están aparejados y ensillados. El rey es el primero en montar, y luego montó mi señor Galván, y todos los demás a porfía. Todos quieren ser de la compañía, y cada uno va a su guisa. Unos estaban armados, y muchos otros sin armadura. Pero mi señor Galván iba bien armado, e hizo que dos escuderos le trajeran dos corceles de batalla.

Así que se aproximaron al bosque, vieron salir al caballo de Keu, y lo reconocieron. Vieron que las riendas de la brida habían sido rotas por ambos lados. El caballo venía sin caballero. La estribera traía teñida de sangre, y el arzón de la silla por detrás colgaba desgarrado y en pedazos.

Todos se quedaron angustiados; y unos a otros se hacían señas con guiños y golpes de codo.

Bien lejos en delantera a lo largo del camino cabalgaba mí señor Galván. Sin mucho tardar vio a un caballero que avanzaba al paso sobre un caballo renqueante y fatigado, jadeante y cubierto de sudor. El caballero fue el primero en saludar a mi señor Galván; y este le contestó luego. El caballero se detuvo al reconocer a mi señor Galván, y le dijo:

—Señor, bien veis cómo está cubierto de sudor y tan derrengado que de nada me sirve. Me parece que esos dos corceles son vuestros. Así que querría pediros, con la promesa de devolveros el servicio y galardón, que vos en préstamo o como don, me dejéis uno, el que sea.

—Pues escoged entre los dos el que os plazca —contestó.

El otro, como que estaba en gran necesidad, no fue a escoger el mejor, ni el más hermoso ni el más grande, sino que montó al punto el que encontró más cerca de él. Pronto lo ha lanzado al galope. Mientras, caía muerto el que había dejado, pues demasiado lo había en aquella jornada fatigado y abusado.

El caballero sin ningún respiro se va armado a través del bosque. Y mi señor Galván detrás lo sigue y le da caza con ahínco cuando ya había traspasado una colina. Después de avanzar gran trecho encontró muerto el corcel que había regalado al caballero, y vio muchos rastros de caballos y restos de escudos y de lanzas en torno. Se figuró que había habido gran pelea de varios caballeros, y mucho le apenó y disgustó no haber llegado a tiempo. No se paró allí largo rato, sino que avanza con raudo paso. Hasta que adivinó que volvía a ver al caballero: muy solo, a pie, con toda su armadura, el yelmo lazado, el escudo al cuello, ceñida la espada, había llegado junto a una carreta.

Por aquel entonces las carretas servían como los cadalsos de ahora; y en cualquier buena villa, donde ahora se hallan más de tres mil no había más que una en aquel tiempo. Y aquella era de común uso, como ahora el cadalso, para los asesinos y traidores, para los condenados en justicia, y para los ladrones que se apoderaron del haber ajeno con engaños o lo arrebataron por la fuerza en un camino. El que era cogido en delito era puesto sobre la carreta y llevado por todas las calles. De tal modo quedaba con el honor perdido, y ya no era más escuchado en cortes, ni honrado ni saludado. Por dicha razón, tales y tan crueles eran las carretas en aquel tiempo, que vino a decirse por vez primera lo de: “Cuando veas una carreta y te salga al paso, santíguate y acuérdate de Dios, para que no te ocurra un mal”.

El caballero a pie, sin lanza, avanza hacia la carreta, y ve a un enano sobre el pescante, que tenía, como carretero, una larga fusta en la mano; y dice el caballero al enano:

—Enano, ¡por Dios!, dime si tú has visto por aquí pasar a mi señora la reina.

El enano, asqueroso engendro, no le quiso dar noticias, sino que le contesta:

—Si quieres montar en la carreta que conduzco, mañana podrás saber lo que le ha pasado a la reina.

Mientras aquel reanuda su camino, el caballero se ha detenido por momentos, sin montar. ¡Por su desdicha lo hizo y por su desdicha le retuvo la vergüenza de saltar al instante a bordo! ¡Luego lo sentirá!

Pero Razón, que de Amor disiente, le dice que se guarde de montar, le aconseja y advierte no hacer algo de lo que obtenga vergüenza o reproche. No habita el corazón, sino la boca, Razón, que tal decir arriesga. Pero Amor fija en su corazón y le amonesta y ordena subir en seguida a la carreta. Amor lo quiere, y él salta; sin cuidarse de la vergüenza, puesto que Amor lo manda y quiere.

A su vez mi señor Galván acercábase hacia la carreta; y cuando encuentra sentado encima al caballero, se asombra y dice:

—Enano, infórmame sobre la reina, si algo sabes.

Contesta el enano:

—Si tanto te importa, como a este caballero que aquí se sienta, sube a su lado, si te parece bien, y yo te llevaré junto con él.

Apenas le oyó mi señor Galván, lo consideró como una gran locura, y contestó que no subiría de ningún modo; pues haría desde luego un vil cambio si trocara su caballo por la carreta.

—Pero ve adonde quieras, que por doquier vayas, allí iré yo.

Así se ponen en marcha; él cabalga, aquellos dos van en carreta, y juntos mantenían un mismo camino. Al caer la tarde llegaron a un castillo. Sabed bien que el castillo era muy espléndido y de arrogante aspecto.

Los tres entran por una puerta. Del caballero, traído en la carreta, se asombran las gentes. Pero no lo animan desde luego; sino que lo abuchean grandes y pequeños, viejos y niños, a través de las calles, con gran vocerío. El caballero oyó decir de él muchas vilezas y befas. Todos preguntan:

—¿A qué suplicio destinarán al caballero? ¿Va a ser despellejado, ahorcado, ahogado, o quemado sobre una hoguera de espino? ¿Di, enano, di, tú que lo acarreas, en qué delito fue aprehendido? ¿Está convicto de robo? ¿Es un asesino, o condenado en pleito?

El enano mantiene obstinado silencio, y no responde ni esto ni aquello. Conduce al caballero a su albergue, y Galván sigue tenazmente al enano hacia un torreón que se alzaba en un extremo de la villa sobre el mismo plano. Pero por el otro lado se extendían los prados y por allí la torre se alzaba sobre una roca escarpada, alta y cortada a pico. Tras la carreta, a caballo entra Galván en la torre.

En la sala se han encontrado una doncella de seductora elegancia. No había otra tan hermosa en el país, y la ven acudir acompañada por dos doncellas, bellas y gentiles.

Tan pronto como vieron a mi señor Galván, le demostraron gran alegría y le saludaron. También preguntaron por el caballero:

—Enano, ¿qué delito cometió este caballero que llevas apresado?

Tampoco a ellas les quiso dar explicaciones el enano. Sino que hizo descender al caballero de la carreta, y se fue, sin que supieran adónde iba.

Entonces descabalga mi señor Galván, y al momento se adelantan unos criados que los desvistieron a ambos de su armadura.

La doncella del castillo hizo que les trajeran dos mantas forradas de piel para que se pusieran encima. Cuando fue la hora de cenar, estuvo bien dispuesta la cena. La doncella se sienta en la mesa al lado de mi señor Galván. Por nada hubieran querido cambiar su alojamiento, en busca de otro mejor; ¡a tal punto fue grande honor y compañía buena y hermosa la que les ofreció durante toda la noche la doncella!

(…)

Chrétien de Troyes.

Edición preparada por Cuenca, Luis Alberto de y García Gual, Carlos (1983).

Alianza Editorial. Madrid.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/37/William_Morris_King_Arthur_and_Sir_Lancelot.png>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG07

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

El rey Arturo y Lancelot en un panel de vidrio de colores diseñado por el artesano, escritor y pintor británico, William Morris (1862).

**IMAGEN** 4 DEL MENÚ

**\*** Imagen del menú:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/70/RENNES%2C_Biblioth%C3%A8que_Municipale%2C_MS_255%2C_Estoire_del_saint_Graal.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG01)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG08

OPCIONAL Pie de imagen (**48** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Pseudo-Map o ciclo de la Vulgata

**\*** Número de fichas de imagen (**mín. 1 – máx. 6**) PARA CADA FICHA DE ESTE INCISO COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *FICHA #...*

3

**FICHA** 1 DE IMAGEN 4

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

**Historia de Merlín**

**Vulgata II**

**\*** Texto

(…)

Cabalgaron hasta que estuvieron a una jornada del lugar en el que se encontraba Vertiger. Los mensajeros le preguntaron entonces a Merlín y le rogaron que les aconsejara acerca de lo que debían decirle a su señor, porque no lo habían matado al encontrarlo, aunque así se les había ordenado. Cuando Merlín los oyó hablar de esta forma, se dio cuenta de que lo hacían en provecho suyo y les respondió:

—Haréis lo que yo os aconseje, y nadie os censurará: id al rey Vertiger y decidle que me habéis encontrado; contadle la verdad de todo lo que me habéis oído decir y decidle que le mostraré por qué se hunde la torre y por qué no puede mantenerse, a condición de que él haga matar a los que querían mi muerte y que haga con ellos lo mismo que ellos desearon que hiciera conmigo. Contadle a vuestro señor que le diré por qué querían mi muerte y después de decirle todo esto, haced tranquilamente lo que os ordene.

Los mensajeros dejan a Merlín y vuelven junto al rey, que al verlos se puso muy contento y les preguntó cómo había ido su asunto, a lo que le respondieron:

—Hicimos lo mejor que pudimos.

Luego, llevan al rey aparte y le cuentan todo tal como había ocurrido y de qué manera encontraron a Merlín:

—Si hubiera querido, no lo hubiéramos encontrado nunca; viene a ti voluntariamente.

—¿De qué Merlín habláis? ¿Es ese el niño que nació sin padre, del que debíais traerme la sangre?

—De ese Merlín os hablamos. Tened por seguro que es el más sabio y mejor adivino de cuantos ha habido en el mundo, salvo Dios. Señor, tal como nos hiciste jurar y según nos ordenaste todo, así nos lo contó él, diciendo que los clérigos no saben por qué se caía vuestra torre y que él os lo dirá y os lo demostrará a vos personalmente. Nos ha dicho otras cosas extraordinarias y nos ha enviado a vos para saber si queréis hablar con él; si no lo deseáis, lo mataremos, ya que dos de nuestros compañeros se han quedado custodiándolo.

—Si me aseguráis que me mostrará por qué se cae la torre, no ordenaré que lo maten.

—Os lo aseguramos.

—Id a buscarlo, pues quiero hablar mucho con él.

Entonces se fueron los mensajeros y el mismo rey cabalgó tras ellos. Cuando Merlín vio a los dos mensajeros les dijo:

—Me habéis protegido a cambio de vuestras vidas.

—Decís verdad; preferimos arriesgarnos que mataros y una de las dos cosas teníamos que hacer.

—Impediré que os ocurra nada.

Cabalgan hasta que se encuentran con el rey; cuando Merlín lo vio, lo saludó y le dijo:

—Vertiger, venid a hablar a solas conmigo.

Se retira con él y llama a los que lo habían llevado; cuando ya estaban todos juntos, dijo Merlín:

—Señor, has hecho que vayan a buscarme porque tu torre no puede mantenerse en pie y ordenaste que me mataran siguiendo el consejo de tus clérigos, que decían que la torre necesitaba sangre mía, pero es mentira. Si hubieran dicho que se sostendría gracias a mis conocimientos, habrían dicho verdad. Si me prometes que harás con ellos lo que ellos querían que hicieses conmigo, te mostraré y diré por qué se derrumba, y te enseñaré cómo podrá mantenerse, si quieres reconstruirla.

—Si me muestras lo que dices, haré con ellos lo que quieras.

—Si miento en una palabra de lo que te digo, no vuelvas a creerme nunca más. Hagamos venir a los clérigos y oirás cómo no podrán dar razón de nada.

El rey llevó a Merlín al lugar donde habían empezado la reconstrucción de la torre que se caía. Hicieron venir a los clérigos, que se presentaron de inmediato; entonces, Merlín hizo que les preguntaran mediante uno de los mensajeros que le habían llevado:

—Señores clérigos, ¿por qué decís que esta torre se cae?

—No sabemos por qué se derrumba, pero le hemos dicho al rey cómo podrá mantenerse.

—Me habéis dicho cosas extraordinarias —contesta el rey—, pues habéis mandado buscar a un hombre sin padre y no sé cómo lo podrán encontrar.

Merlín empieza a hablar a los clérigos y les dice:

—Señores, no tengáis al rey por loco, pues al enviar a buscar al niño sin padre no fue porque lo necesitara él, sino porque supisteis por las suertes y predicciones que ese niño, que nació sin padre, haría que murierais; como teníais miedo de que os mataran, disteis a entender al rey que tendría que causarle la muerte y que, si ponían sangre suya en el mortero del cimiento de la torre, ésta se mantendría y no volvería a hundirse. De esta forma pensasteis cómo podríais matar a aquel por el que debíais morir según vuestras suertes y predicciones.

Cuando oyeron que el niño les decía todo esto, que pensaban que nadie supiera sino ellos mismos, se espantaron y se dieron cuenta de que iban a morir. Entonces, Merlín le dijo al rey:

—Ya podéis ver que estos clérigos querían matarme no por vuestra torre, sino porque habían averiguado que morirían por mí; os ruego que les preguntéis si fue así, pues no se atreverán a mentiros delante de mí.

El rey les pregunta si dice la verdad.

—Señor —le contestan—, que Dios nos salve de nuestros pecados tan ciertamente como que lo que ha dicho es verdad; pero no sabemos de qué forma se ha enterado: te rogamos como señor nuestro que nos dejes vivir hasta que veamos si dice verdad sobre esta torre y si la torre podrá mantenerse gracias a él.

—No tenéis que preocuparos de morir —les dice Merlín— hasta que hayáis visto la razón de por qué se derrumba la torre.

Los clérigos le dan las gracias; luego, Merlín le dice a Vertiger:

—¿Quieres saber por qué se hunde tu torre y quién la derriba? Si haces lo que te voy a decir, lo verás claramente. ¿Sabes lo que hay bajo esta torre? Hay un gran río; bajo el agua hay dos dragones que no ven absolutamente nada; uno es rojo y el otro blanco y se esconden bajo dos grandes piedras; son muy grandes y están cerca el uno del otro. Cuando notan que el agua y la construcción les pesa, se giran y el río produce tan gran ruido que todo lo que hay sobre él se derrumba; por esa razón se cae tu torre por culpa de los dragones. Haced que lo comprueben y si no lo encontráis tal como he dicho, ordenad que me quemen; si es tal como os he descubierto, queden libres los mensajeros que me han avalado y castiga a los clérigos que no saben nada de esto.

—Si es cierto lo que me dices —le contesta Vertiger—, te tendré por el hombre más sabio del mundo. Dime cómo debo quitar la tierra.

—Con caballos, carretas y hombres que la lleven sobre los hombros, y que la echen lejos.

El rey mandó llamar peones y que reunieran todo lo necesario para llevar a cabo su trabajo. Las gentes del país lo tenían por algo extraordinario y lo consideraban una locura. Merlín ordenó que guardaran bien a los clérigos e hizo que la gente del rey trabajara durante mucho tiempo hasta quitar la tierra. Excavaron tanto que al fin encontraron el río, y al descubrirlo, se lo hicieron saber al rey, que se presentó muy contento a contemplar la maravilla, llevando a su lado a Merlín. Cuando llegaron allí, vieron que el río era muy grande; el rey llamó a dos de sus consejeros y les dijo:

—Este hombre es muy sabio, pues conocía la existencia del río bajo tierra. Dice que en este río hay dos piedras muy grandes y bajo ellas, dos dragones. No será necesario que me lo pida para que yo lo compruebe. Tienes razón —le dice dirigiéndose a Merlín— en lo que has dicho de este asunto, pues los peones han encontrado el río; pero no sé si es verdad lo de las dos piedras y los dos dragones.

—No lo puedes saber hasta que lo hayas visto.

—¿Cómo podremos quitar el río?

—Haremos que corra a buenos fosos.

Ordenaron entonces que construyeran fosos para que el agua corriera por ellos.

—Los dragones que están al fondo del río —le dijo Merlín a Vertiger—, cuando se noten el uno al otro, se enfrentarán y uno de ellos resultará vencedor; ordena que todos los hombres valientes de tu tierra acudan a ver el combate, pues la batalla que librarán tiene un profundo significado.

Vertiger dice que hará llamar a toda la gente, y así lo hizo, reuniendo a los nobles, a los clérigos y a los legos. Cuando estuvieron todos reunidos y juntos, Vertiger les contó las maravillas que Merlín le había dicho y cómo los dos dragones debían combatir. Se dijeron todos que era algo digno de ver y le preguntaron al rey si había dicho cuál de ellos vencería. El rey les contesta que todavía no.

Hicieron correr entonces el río fuera de su cauce, de tal forma que vieron las dos piedras que quedaban al fondo del lecho. Cuando Merlín las vio, dijo:

—¿Veis esas dos grandes piedras?

—Sí —responde el rey.

—Señor, bajo esas dos piedras están los dos dragones.

El rey pregunta cómo las quitará y Merlín le contesta que sin ninguna dificultad, pues los dragones no se moverán hasta que se toquen el uno con el otro. Tan pronto como se noten los dos, combatirán y uno resultará muerto. El rey le pregunta a Merlín:

—¿Me dirás cuál será el vencido?

—En su batalla y en su victoria hay un significado profundo; te diré lo que pueda decirte, con mucho gusto, pero en secreto: solo podrán oírlo tres hombres de tu consejo.

Vertiger llamó entonces a tres de los hombres de su reino en quienes más confiaba y les repitió las palabras de Merlín; le aconsejan que le pregunte a solas cuál de los dos dragones será vencido y que lo diga antes de verlos y de que empiece la batalla.

—Tenéis razón —les responde el rey— y estoy de acuerdo con eso, pues después del combate podría dar a entender lo que quisiera.

A continuación llamó a Merlín y le preguntó cuál de los dos dragones vencería.

—¿Estos cuatro hombres —le pregunta Merlín— son de tu consejo?

—Sí —contesta Vertiger—, más que ningún otro que yo sepa.

—¿Entonces puedo decirte delante de ellos lo que me preguntas?

—Ciertamente.

—Quiero que sepáis —contesta Merlín— que el blanco matará al rojo, pero pasará grandes penas hasta que lo haya matado. Para el que sepa interpretarlo, esto tendrá un gran simbolismo, pero no os puedo decir más hasta después del combate.

Mientras tanto, se fueron reuniendo todos y acudieron a ver las dos piedras; las mueven y sacan fuera al dragón blanco: cuando vieron que era tan grande, tan feo y tan fiero, sintieron gran miedo y se echaron hacia atrás todos. Luego, fueron al otro y lo sacaron también: cuando lo vieron se espantaron más que antes, pues era mayor y más feo que el otro, y era más temible. Al rey le parecía que este sería el vencedor. Merlín le dice entonces a Vertiger:

—Ahora deben quedar en libertad mis protectores.

El rey le contesta que ya lo están. Luego, llevaron a un dragón junto al otro, de forma que se tocaron por la grupa y apenas notó uno la presencia del otro, se volvieron y empezaron a atacarse con los dientes y las patas: nunca oísteis hablar de dos animales que combatieran con tanta violencia.

De esta forma se enfrentaron durante todo el día, toda la noche y el día siguiente hasta mediodía. Todos los que los contemplaban, pensaban que el rojo mataría al blanco, hasta que el blanco arrojó por las narices y la boca una llama y quemó al rojo. Luego, el blanco retrocedió y se acostó, viviendo sólo tres días después de esto.

Los que habían visto esta maravilla, dijeron que nunca se vio nada tan extraordinario.

—Ya puedes hacer la torre —le dice Merlín a Vertiger— tan grande como quieras, pues por alta que la levantes, no volverá a caer.

(…)

Anónimo (1200).

Traducción: Alvar, Carlos (1988).

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/8/81/Vortigern-Dragons.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG09

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Los dragones de Vertiger*. Iluminación del manuscrito del siglo XV de *Historia de los reyes de Bretaña*

**FICHA** 2 DE IMAGEN 4

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

**La búsqueda del santo grial**

**Vulgata IV**

**\*** Texto

(…)

Bajaron las damas a oír vísperas por la solemnidad del día. Cuando el rey salió del monasterio y subió al palacio, ordenó que pusieran las mesas. Entonces fueron a sentarse los caballeros, cada uno en su lugar, igual que habían hecho por la mañana. Y cuando estuvieron todos sentados y en calma, oyeron un trueno tan grande y extraordinario que pensaron que el palacio se iba a hundir. Entonces entró un rayo de sol que dio al palacio el doble de luz de la que tenía. Quedaron todos como iluminados por la gracia del Espíritu Santo y comenzaron a mirarse, pues no sabían de dónde les podía haber venido y, sin embargo, no había allí nadie que pudiera hablar ni decir una sola palabra por su boca: todos enmudecieron, grandes y pequeños. Y cuando ya llevaban un rato así, que ninguno de ellos había podido hablar, entró el santo grial, cubierto con un jamete blanco; nadie logró ver quién lo llevaba. Entró por la gran puerta del palacio y una vez que estuvo dentro, el salón se llenó de buenos olores, como si todas las especias de la tierra hubieran sido derramadas allí. Dio la vuelta a la sala, alrededor de los asientos, y conforme pasaba por las mesas, estas quedaban dispuestas con la comida que cada uno quería. Cuando todos estuvieron servidos, se fue el santo grial tan deprisa que nadie supo qué había pasado y por dónde se había ido. Entonces pudieron hablar los que antes no podían decir ni palabra. Dieron gracias a Nuestro Señor la mayoría de ellos por el gran honor que les había hecho, pues les había reconfortado con la gracia del vaso santo. Pero de todos los que estaban allí, fue el rey Arturo el más gozoso y alegre, ya que Nuestro Señor le había mostrado mayor merced que a ninguno de los que reinaron antes que él.

Por este motivo se alegraron mucho propios y extraños, pues les parece evidente que Nuestro Señor no se olvidaba de ellos ya que les mostraba tan gran merced; hablaron de esto todo el tiempo que duró la comida. El mismo rey comenzó a decirles a los que estaban más cerca de él:

—Ciertamente, señores, debemos estar muy contentos y tener mucha alegría por habernos mostrado Nuestro Señor un signo tan grande de amor y porque por su gracia nos ha querido reconfortar en un día tan solemne como es el de Pentecostés.

—Señor —dice Galván—, hay otra cosa, además, que no sabéis: no ha habido nadie al que no le hayan servido lo que pidió o pensó; y esto no había pasado nunca en ninguna corte, a no ser en la del rey Tullido.

Pero han sido deslumbrados de tal forma que no pudieron ver abiertamente el vaso, antes bien, se les ocultó su verdadero aspecto. Por eso, por lo que a mí respecta, hago un voto: mañana por la mañana, sin demora, comenzaré la búsqueda, de tal forma que la mantendré durante un año y un día y si fuera necesario, más tiempo; no volveré a la corte por nada que suceda antes de haberlo visto de manera clara, como me ha sido mostrado ahora, si es que yo puedo y debo verlo de alguna forma. Si no puede ser, me volveré.

Cuando los de la mesa redonda oyeron estas palabras, se levantaron todos de sus asientos, haciendo el mismo juramento que Galván había hecho, y dijeron que ya no cesarían de vagar hasta que estuvieran sentados en la alta mesa en la que se servía todos los días una comida tan buena como la que habían tenido allí. Al ver el rey que habían hecho el voto, lo sintió mucho, pues sabe bien que no podrá echarse atrás en esta empresa. Se dirige entonces a Galván:

—¡Ay, Galván! Me habéis matado con el juramento, pues me habéis quitado la mejor compañía y la más leal que yo había encontrado, la compañía de la Mesa Redonda. Cuando se hayan separado de mí, sea la hora que sea, sé bien que no volverán, antes bien, la mayoría se morirá en esta búsqueda, que no terminará tan pronto como pensáis. Y no podría ser menor mi sentimiento, pues yo los he criado y educado lo mejor que he podido y siempre los he querido y aún los amo como si fueran mis hijos o mis hermanos, y por eso me pesará mucho su marcha. Yo estaba acostumbrado ya a verlos con frecuencia y a tener su compañía; no sé cómo podré soportarlo.

Después de estas palabras, comenzó el rey a pensar melancólicamente, y en este pensar se le vinieron las lágrimas a los ojos, como bien pudieron apreciar los que estaban allí delante. Y, hablando, dijo tan alto que todos pudieron oírlo:

—Galván, Galván, me habéis metido un gran pesar en el corazón, y no podré desprenderme de él hasta después de saber ciertamente a qué fin habrá llegado esta búsqueda, pues me temo mucho que mis queridos amigos no vuelvan ya.

—¡Ay, señor! —dice Lanzarote—, por Dios, ¿qué decís? Un hombre como vos no debe concebir miedo en su corazón, sino justicia, valor y tener buena esperanza. Debéis confortaros; si morimos todos en esta búsqueda, nos será mayor honor que morir en otro lugar.

—Lanzarote —responde el rey—, el gran amor que he tenido siempre hacia ellos me hace decir tales palabras y no debe extrañar que me entristezca por su marcha. Ningún rey cristiano tuvo tantos buenos caballeros, ni nobles a su mesa, como yo he tenido hoy, y en cuanto se hayan ido ya no habrá ninguno que los vuelva a tener, ni volverán a estar reunidos alrededor de mi mesa tal como han estado aquí, y es esto lo que más me apena.

A estas palabras no supo Galván qué responder, pues se daba cuenta de que el rey tenía razón. Con gusto se hubiera arrepentido de sus propias palabras; pero no fue posible, pues ya eran públicas.

Fue anunciado entonces por todas las habitaciones cómo había sido emprendida la búsqueda del santo grial y que saldrían de la corte el día siguiente los que debían ser compañeros. Fueron más los que se entristecieron que los que se mostraron contentos, pues la hueste del rey Arturo era temida, especialmente, por las hazañas de los compañeros de la mesa redonda.

Cuando las damas y doncellas que estaban sentadas con la reina, cenando en sus habitaciones, oyeron estas noticias, se afligieron y entristecieron igual que si fueran esposas o amigas de los compañeros de la mesa redonda. Y no era extraño, pues las honraban y querían aquellos que ellas temían que murieran en la búsqueda. Empezaron a hacer un gran duelo. La reina pregunta al criado que estaba ante ella:

—Dime, criado, ¿estabas tú delante cuando se prometió esta búsqueda?

—Señora —responde—, sí.

—Y Galván —vuelve a preguntar— y Lanzarote del Lago, ¿son compañeros?

—Ciertamente, señora —le contesta—. Primero juró Galván y luego Lanzarote y lo mismo hicieron los demás, de tal forma que no faltó ninguno de los que son compañeros de la mesa.

Cuando oye estas palabras, se aflige tanto por Lanzarote que parece que va a morir de dolor y no puede evitar que le lleguen las lágrimas a los ojos. Al cabo de un buen rato dice, con tanto dolor que no puede más:

—Verdaderamente esto es una gran pena, pues sin la muerte de muchos hombres valerosos no podrá llevarse a fin esta búsqueda, ya que tantos valientes la han emprendido. Me admira cómo mi señor el rey, que es tan prudente, lo ha podido tolerar, pues sus mejores nobles se irán y los que queden valdrán poco.

Y entonces comenzó a llorar con mucha amargura y lo mismo hicieron todas las damas y doncellas que estaban con ella.

Así se vio turbada toda la corte por la noticia de los que se tenían que ir. Cuando levantaron los manteles en el gran salón y en las habitaciones, las damas se reunieron con los caballeros y volvió a empezar el llanto: cada dama o doncella, esposada o amiga, dijo a su caballero que iría con él a la búsqueda; pronto habrían estado de acuerdo y lo habrían prometido, si no hubiera sido por un anciano, vestido con hábito de religión, que entró después de cenar. Se acercó al rey y empezó a hablar tan alto que todos lo pudieron oír, diciendo:

—¡Escuchad, señores caballeros de la mesa redonda, que habéis jurado la búsqueda del santo grial! Me envía Nacián el ermitaño a deciros que nadie lleve, en esta búsqueda, dama ni doncella, pues caerá en pecado mortal, y que nadie comience la empresa sin estar confesado o que no piense confesarse, porque nadie debe entrar en un servicio tan alto sin estar limpio y purgado de todas las bajezas y de todos los pecados mortales: esta empresa no es una búsqueda de cosas terrenales, sino que debe ser la persecución de los grandes secretos y misterios de Nuestro Señor y de los arcanos que el Gran Maestro mostrará abiertamente al bienaventurado caballero al que Él eleve a la condición de sirviente suyo entre los demás caballeros terrenales, al que le mostrará las grandes maravillas del santo grial y le hará ver lo que corazón mortal no podría pensar y lengua de hombre terrenal no podría decir.

(…)

Anónimo (1230).

Traducción: Alvar, Carlos (1986).

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/62/Holy-grail-round-table-ms-fr-112-3-f5r-1470-detail.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG10

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*El santo grial aparece ante los caballeros de la mesa redonda durante la celebración de Pentecostés*. Manuscrito de Michel Gantelet (1470).

**FICHA** 3 DE IMAGEN 4

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

**La muerte del rey Arturo**

**Vulgata V**

**\*** Texto

(…)

Como el rey vio que las aventuras del reino de Logres habían llegado a su final, y que ya no quedaban más que algunas de poca importancia, hizo convocar un torneo en la pradera de Wincester, pues no quería que los compañeros dejaran de practicar el ejercicio de las armas.

Lanzarote, del mismo modo que se había mantenido casto por consejo del anciano al que se confesó cuando estaba en la búsqueda del santo grial, y renegó de la reina Ginebra, tal como ha contado la historia más arriba; del mismo modo, tan pronto como llegó a la corte, no tardó más de un mes en enamorarse de nuevo y arder tanto como nunca hasta entonces, con lo que vino a caer en pecado con la reina, tal y como ocurrió en otro tiempo. Y si antes había mantenido este pecado tan astuta y ocultamente que nadie se había dado cuenta, después lo llevó de forma tan descuidada que se apercibió Agraváin, hermano de Galván, que nunca le había profesado un claro afecto y que le acechaba en sus errores; de tal forma lo seguía, que supo de manera cierta cómo Lanzarote amaba a la reina con loco amor y la reina le correspondía. La reina era tan bella que todo el mundo se admiraba, pues incluso en aquel tiempo, en que fácilmente tenía ya la edad de cincuenta años, era mujer tan bella que de ninguna forma se le podía encontrar semejante en el resto del mundo y, porque nunca le faltó la belleza, dijeron algunos caballeros que era la fuente de todas las bellezas.

Cuando Agraváin se dio cuenta de las relaciones de la reina y Lanzarote, se alegró cruelmente, más por la desdicha que, pensaba, habría de ocurrir a Lanzarote por ello, que por vengar al rey de la afrenta. Resultó que aquella semana tuvo que estar en Wincester el día del torneo; el rey Arturo fue allí con gran número de caballeros. Pero Lanzarote, que quería estar presente sin que nadie le conociera, dijo a los que había a su alrededor que estaba tan afligido que no podría ir de ninguna manera, pero que deseaba que fueran Boores, Héctor, Lionel y los caballeros de su compañía. Estos respondieron que no irían, pues él se hallaba tan indispuesto. A lo que les dijo:

—Quiero y ordeno que vayáis; os pondréis en marcha al amanecer y yo me quedaré; antes de que volváis, si Dios quiere, yo estaré completamente repuesto.

—Señor —le contestan—, ya que lo deseáis, iremos; pero hubiéramos querido permanecer con vos, dándoos compañía.

El les respondió que no quería tal cosa. Y con esto dejaron estar las palabras.

Al llegar la mañana, Boores con su mesnada salió de la ciudad de Camaloc. Al saber Agraváin que Boores se iba con los demás caballeros y que Lanzarote se quedaba, pensó al momento que era porque quería ir a ver a la reina en cuanto el rey se marchara. Se dirigió entonces a su tío el rey y le dijo:

—Señor, si no creyera que os iba a pesar os diría una cosa como consejo. Lo digo para vengar vuestra afrenta.

—¿Mi afrenta? —le preguntó el rey—, ¿va la cosa tan alto que mi honra está mezclada?

—Señor —le respondió Agraváin—, sí, y os diré cómo.

Entonces lo llevó a un lado y le dijo:

—Señor, Lanzarote ama a la reina con loco amor y la reina le corresponde a él. Y como no pueden reunirse a su voluntad cuando vos estáis, Lanzarote se ha quedado y no irá al torneo de Wincester; por eso ha enviado a los de su hueste de forma que, cuando os vayáis esta noche o mañana, podrá hablar bien a su gusto con la reina.

El rey Arturo que oye estas palabras no puede imaginarse que sea cierto, sino que piensa que es mentira y contesta:

—Agraváin, buen sobrino, no digáis jamás tales palabras, pues yo no os creería. Bien sé, en verdad, que Lanzarote de ningún modo pensaría tal cosa; y, ciertamente, si alguna vez lo pensó, fue porque se lo hizo hacer la fuerza de amor, contra quien no pueden resistir ni el buen sentido ni la razón.

—¿Cómo, señor —pregunta Agraváin—, no haréis nada?

—¿Qué queréis —le responde— que haga?

—Señor —dice Agraváin—, yo desearía que hicieseis que lo espiaran hasta que los sorprendan juntos; entonces sabréis la verdad y otra vez me creeréis mejor.

—Haced —le dice el rey— lo que queráis, que no seréis obstaculizado por mí.

Agraváin dijo que no pedía nada más.

El rey Arturo pensó mucho aquella noche en lo que Agraváin le había dicho, pero en su corazón no le dio gran importancia, pues en modo alguno creyó que aquello fuese verdad. Por la mañana se preparó para ir al torneo, invitando a una gran cantidad dé sus caballeros para que le acompañaran. La reina le dijo:

—Señor, yo iría gustosamente a ver esta reunión, si así lo quisierais; mucho me agradaría ir, pues he oído decir que habrá hechos de armas muy dignos.

—Señora —le dice el rey—, no iréis esta vez.

Ella se calló al punto. El quería que se quedara para demostrar la mentira de Agraváin.

Cuando el rey con sus compañeros se puso en marcha para ir al torneo, hablaron mucho entre ellos de Lanzarote y dijeron que no iría a aquel encuentro. Lanzarote, tan pronto como supo que el rey había iniciado el camino con todos los que habían de ir a Wincester, se levantó de la cama, se preparó y fue a la reina, a la que le dijo:

—Señora, si lo aceptáis, iré al torneo.

Ella preguntó:

—¿Por qué os habéis quedado tanto tiempo más que los otros?

—Señora —le respondió—, porque deseaba ir completamente solo y llegar al torneo de tal forma que no fuera reconocido por propios ni extraños.

—Id pues, le dijo, si queréis; yo lo acepto complacida.

Lanzarote se aleja de allí, vuelve a su morada y en ella permanece hasta la noche.

Por la tarde, cuando ya hubo oscurecido, tan pronto como todos ya se habían acostado en la ciudad de Camaloc, Lanzarote se dirigió a su escudero y le dijo:

—Te conviene montar y cabalgar conmigo, pues quiero ir a ver el torneo de Wincester, pero tú y yo no cabalgaremos más que de noche, pues de ninguna manera desearía ser reconocido por el camino.

El escudero cumplió sus órdenes; se prepara tan presto como es posible y trae el mejor caballo que tenía Lanzarote, pues se da cuenta que su señor querrá llevar armas al torneo. Cuando estuvieron fuera de Camaloc, tras tomar el camino adecuado para ir a Wincester, cabalgaron toda la noche de manera que no descansaron en ningún momento.

Por la mañana, al ser ya de día, llegaron a un castillo en el que el rey había pasado la noche; Lanzarote fue allí nada más que porque no quería cabalgar durante el día, no fuera a ser reconocido por cualquier motivo. Cuando llegó al castillo, cabalgaba tan cabizbajo que a duras penas se le podía reconocer; lo hacía por los caballeros del rey que estaban saliendo de allí y a él le pesaba haber llegado tan pronto.

El rey Arturo, que aún estaba asomado a una ventana, vio el caballo de Lanzarote y reconoció que era el mismo que él le había regalado, pero no identificó a Lanzarote, que estaba muy cabizbajo; no obstante, al atravesar una calle, Lanzarote levantó la cabeza, y el rey lo miró, lo conoció y se lo mostró a Girflete:

—¿Habéis visto a Lanzarote, que ayer nos dio a entender que se encontraba indispuesto? Ha llegado al castillo.

—Señor, le respondió Girflete, os diré por qué lo hizo; quiere estar en el torneo de tal forma que no lo conozca nadie, por eso no quería venir con nosotros; sabedlo con toda seguridad.

Lanzarote, que no se daba cuenta de todo esto, ya dentro del castillo con su escudero, entró en una dependencia y prohibió ser presentado a nadie de allí, aunque lo pidiera. El rey, que continuaba a la ventana esperando que volviera a pasar otra vez, permaneció allí tanto rato que se dio cuenta de que Lanzarote se había quedado en la ciudad. Entonces dijo a Girflete:

—Hemos perdido a Lanzarote, pues ya se ha albergado.

—Señor —contestó Girflete—, bien puede ser. Sabed que no cabalga más que de noche, para no ser reconocido.

—Ya que quiere ocultarse, dijo el rey, ocultémosle bien; procurad que no se cuente a ningún hombre mortal que lo habéis visto en el camino; por lo que a mí respecta, yo tampoco hablaré de ello. Así podrá permanecer oculto, pues nadie más que nosotros dos lo ha visto.

Girflete le jura que no dirá nada.

(…)

Anónimo (1230).

Traduccion: Alvar, Carlos (1980).

Alianza Editorial S. A. Madrid.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/05/Dante_Gabriel_Rossetti_-_Arthur%27s_Tomb_%281855%29.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG11

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Lancelot y la reina Ginebra en la tumba del rey Arturo* (Dante Gabriel Rossetti, 1854).

**IMAGEN** 5 DEL MENÚ

**\*** Imagen del menú:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/3a/Abenberg_0008.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG01)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG12

OPCIONAL Pie de imagen (**48** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Wolfram von Eschenbach, *Parzival*

**\*** Número de fichas de imagen (**mín. 1 – máx. 6**) PARA CADA FICHA DE ESTE INCISO COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *FICHA #...*

1

**FICHA** 1 DE IMAGEN 1

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

**Parzival**

**\*** Texto

Libro tercero

Me entristece que tantas se llamen mujeres. Todas tienen la misma voz aguda, muchas son rápidamente infieles y pocas están libres de doblez. Se dividen, pues, en dos grupos, y me avergüenzo de que se las llame por el mismo nombre. Feminidad, a tu ley pertenece y ha pertenecido siempre la fidelidad. Muchos dicen que la pobreza no es buena para nada. Pero quien la padece por su fidelidad amorosa, se salva del fuego del infierno.

Una mujer la padeció por su amor de madre y por ello encontró su recompensa en el cielo con un regalo eterno. Pienso que hay muy pocos que en su juventud hayan dejado la riqueza terrenal por la gloria celestial. Yo no conozco a nadie. Aquí el hombre y la mujer son para mí iguales: ninguno lo hace. La poderosa doña Herzeloyde tenía tres reinos y los dejó. Cargaba con el peso de su falta de alegría. Carecía de perfidia. Ni se veía ni se oía en ella. El sol era para la dama niebla, pues rehuía las alegrías del mundo. Le daban lo mismo la noche y el día, pues su corazón solo sufría.

La apenada dama se retiró de su país a un bosque, a un lugar solitario llamado Soltane, no a los prados con sus flores. Su corazón estaba tan afligido que no prestaba atención a las coronas de flores, fueran rojas o amarillas. Allí llevó para protegerlo del mundo al hijo del noble Gahmuret. Los que estaban con ella tenían que cultivar la tierra y roturar el bosque. Ella sabía cuidar amorosamente a su hijo. Antes de que este llegara al uso de razón, convocó la dama ante sí a sus gentes y les prohibió bajo pena de muerte, a los hombres y a las mujeres, que hablaran de caballeros. “Si el amado de mi corazón oyera cómo es la vida de un caballero, sentiría gran pesadumbre. Sed discretos y no le digáis nada de la caballería”. Esto no tendría buen final.

El chico fue educado en Soltane, apartado del mundo. Se le privó del modo de vida de la corte real, excepto en una cosa: con sus propias manos se hizo un arco y unas pequeñas flechas, con los que abatía a los muchos pájaros que encontraba. Pero siempre que acertaba a un pájaro que antes había cantado muy fuerte, lloraba y se mesaba el cabello, y se vengaba con su pelo. El joven era bello y extraordinario. Todas las mañanas se lavaba en el río del prado. No conocía la tristeza, a no ser por el canto de los pájaros, cuya dulzura penetraba en su corazón y le agrandaba su pequeño pecho. Bañado en lágrimas, corría hacia la reina, quien le preguntaba: “¿Quién te ha hecho algo? ¡Ya estuviste allí, en el prado!”. Y él no sabía contestar, como sucede a menudo a los niños.

La reina trató de desentrañar durante mucho tiempo este enigma, hasta que un día lo vio mirar fijamente a lo alto de los árboles y oír el canto de los pájaros. Observó que el pecho de su hijo se hinchaba al escuchar sus trinos. Se debía a la naturaleza que había heredado y a la añoranza. Sin saber por qué, doña Herzeloyde empezó a sentir odio por las aves y quiso enmudecer su canto. Mandó a sus labradores y a sus criados que se apresuraran a capturarlas y estrangularlas. Pero los pájaros fueron más rápidos y no todos murieron. Algunos quedaron con vida y siguieron cantando felices.

El joven preguntó a la reina: “¿Qué tienen contra los pajarillos?”. Quería que los dejaran en paz enseguida. Su madre lo besó en la boca y dijo: “¿Por qué quebranto el mandamiento de Dios Todopoderoso? ¿Deben perder los pájaros por mi causa su alegría?”. Pero el joven preguntó rápidamente a su madre: “¡Ay, madre! ¿Qué es esto, Dios?”. “Hijo, te lo voy a decir en serio. Es más luminoso que el día y se convirtió en la viva imagen del hombre. Fíjate en esto, hijo: rézale cuando estés en apuros, pues su fiel amor siempre ofreció ayuda a los hombres. Hay otro que se llama el señor de los infiernos. Es negro y muy traicionero. Aparta de él tus pensamientos, así como de la duda”. Así le explicó su madre la diferencia entre la luz y las tinieblas. Después él salió corriendo.

Aprendió a lanzar el venablo, con el que mató muchos ciervos, lo cual alegró a su madre y a su séquito. Donde había nieve y donde la había habido causaba gran daño a los ciervos con sus dardos. Y oíd algo insólito: cuando cazaba uno tan pesado que apenas lo podría cargar un mulo, lo llevaba a casa a sus espaldas sin descuartizar.

Un día fue a cazar a una extensa ladera. Había partido una rama para hacer el reclamo con la hoja, cuando en un camino que discurría cercano oyó ruido de cascos. Preparó su venablo y dijo: “¿Qué he oído? Si quisiera venir con su colérica saña el demonio, seguro que lo vencería. Mi madre dice cosas terribles de él, pero pienso que ella ha perdido el valor”. Y así estaba, ansioso de combatir.

Y, mirad, allí llegaron al galope tres hermosos caballeros, armados de la cabeza a los pies. El joven creyó realmente que cada uno de ellos era un Dios, y no permaneció mucho tiempo en pie, sino que se echó de rodillas en el camino, gritando: “¡Ayúdame, Dios! ¡Tú puedes ayudar!”.

El primer caballero se enfureció cuando el chico se arrodilló en el camino: “Este necio galés entorpecerá nuestra rápida cabalgada”.

La fama que llevamos los bávaros tengo que aplicársela también a los galeses: son más necios que los bávaros, pero en el combate salen victoriosos. Quien crece en estos dos países es un verdadero portento.

Después llegó a pleno galope, a rienda suelta, un caballero espléndidamente adornado, que evidentemente tenía mucha prisa. Ansioso de lucha, cabalgaba en pos de dos caballeros, que le llevaban gran ventaja. Le habían raptado una dama en su propio país, lo que al héroe le pareció una gran afrenta. Le atormentaba el sufrimiento de la doncella, que cabalgaba desesperada ante ellos. Los tres caballeros eran su séquito. El montaba un hermoso caballo castellano y su escudo estaba muy desgastado. Se llamaba Karnachkarnanz y era el conde de Ulterlec. Entonces dijo: “¿Quién nos cierra el camino?”, y se lanzó sobre el joven. A este le pareció que era un Dios, pues no había visto nunca tal luminosidad. La guerrera caía hasta el rocío de la hierba. Los estribos sonaban con cascabeles en ambas piernas y tenían la longitud adecuada. También su brazo derecho sonaba por los cascabeles cuando lo movía, y tintineaba con los tajos de su espada. Alcanzó la gloria por el camino más rápido. Así iba el poderoso príncipe, bellamente engalanado.

Karnachkarnanz preguntó al dechado de la belleza masculina: “Joven noble, ¿habéis visto pasar a dos caballeros? Han quebrantado el código de la caballería. Pretenden violar a una dama, que llevan raptada. Han perdido el honor”. Dijera lo que dijera, el joven creía que era Dios, como le había dicho la reina doña Herzeloyde cuando se lo describió como luminosidad. Entonces gritó muy en serio: “¡Ayúdame, Dios auxiliador!”. El hijo del rey Gahmuret rezaba de rodillas.

El príncipe contestó: “No soy Dios, pero cumplo gustoso sus mandamientos. Si miras bien, verás aquí a cuatro caballeros”.

El joven le preguntó: “Dijiste *caballero*. ¿Qué es eso? Si no tienes la fuerza de Dios, dime: ¿quién hace caballero?”. “El rey Arturo. Doncel, si vais a su castillo, os otorgará el título de caballero y nunca os avergonzaréis de ello. Tenéis el aspecto de proceder de caballeros”.

Los héroes lo miraron con atención: en él se manifestaba el arte de Dios. Me sujeto a la historia, que no me miente: desde los tiempos de Adán no hubo un hombre más hermoso. Las mujeres lo alabarían después por doquier.

El chico volvió a hablar y todos rieron: “¡Ay, noble caballero! ¿Qué eres? ¡Tienes tantos anillitos atados a tu cuerpo, allí arriba y aquí abajo!”. La mano del joven tocó todo lo que encontró de hierro en el príncipe y también miró la cota de mallas, pensando: “Las doncellas de mi madre llevan los anillos en cordeles, no están entrelazados así”. El joven dijo, tal como lo pensaba, al príncipe: “¿Para qué se necesita esto tan fuerte que te cubre? No lo puedo arrancar”.

Entonces el príncipe le enseñó su espada: “Mira, con golpes me defiendo del que quiere luchar conmigo. Y contra los suyos llevo puesto esto. Tengo que ir armado así contra las flechas y las lanzas”.

El joven exclamó rápidamente: “Si los ciervos tuvieran una piel así, mi venablo no los heriría. Ya he matado muchos con él”.

Los caballeros se impacientaron porque él se entretenía demasiado con tan ignorante muchacho, mas el príncipe dijo: “Dios te proteja. ¡Ay! ¡Ojalá fuese tan hermoso como tú! Serías la obra perfecta de Dios si pudieras vivir con pleno entendimiento. ¡Que Dios te proteja de todo mal!”.

Después cabalgó con los suyos y llegaron muy pronto a un campo en medio del bosque. Allí encontró el noble caballero a los aradores de doña Herzeloyde. Nunca habían sufrido tanto. Los vio labrando la tierra. Primero sembraban, después rastrillaban y movían las varas sobre los robustos bueyes. El príncipe les dio los buenos días y les preguntó si habían visto a una doncella en apuros. No quisieron dejar de contestar a su pregunta. “Dos caballeros y una chica pasaron a caballo esta mañana. La dama iba muy abatida. Los que la llevaban picaban mucho las espuelas”. Se trataba de Meljakanz. Karnachkarnanz lo alcanzó y por las armas le arrebató la dama, que estaba muy apesadumbrada. Ella se llamaba Imane de la Beafontane.

Cuando los héroes se alejaron, los labradores cogieron miedo. Decían entre sí: “¿Cómo nos ha podido pasar esto? Si nuestro doncel ha visto qué mellados estaban los yelmos de estos caballeros, hemos tenido poco cuidado. Con razón tendremos que oír la cólera de la reina, porque el chico vino aquí con nosotros esta mañana, cuando ella aún dormía”.

Al joven le era ahora indiferente quién mataba los ciervos grandes y pequeños. Volvió corriendo junto a su madre y se lo contó todo. Entonces ella cayó al suelo desvanecida. Sus palabras la asustaron tanto, que ahí estaba ante él, sin sentido. Cuando la reina volvió en sí, después del desvanecimiento, preguntó: “Hijo, ¿quién te ha hablado de la caballería? ¿Cómo has sabido de ella?”.

“Madre, he visto a cuatro hombres más resplandecientes que Dios. Ellos me hablaron de la caballería. Arturo, con su fuerza real, me conducirá al honor del caballero y al servicio de las armas”.

(…)

Wolfram von Eschenbach.

Traducción: Regales, Antonio (1999).

Ediciones Siruela, S. A. Madrid.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/b/ba/Parzival.Lauber.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG13

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Página ilustrada del manuscrito de *Parzival* (1440).

**IMAGEN** 6 DEL MENÚ

**\*** Imagen del menú:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/ad/Boys_King_Arthur_-_N._C._Wyeth_-_title_page.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG01)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG14

OPCIONAL Pie de imagen (**48** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Sir Thomas Malory, *La muerte de Arturo*

**\*** Número de fichas de imagen (**mín. 1 – máx. 6**) PARA CADA FICHA DE ESTE INCISO COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *FICHA #...*

1

**FICHA** 1 DE IMAGEN 1

**\*** Título de la ficha (**58** caracteres máximo)

**La muerte de Arturo**

**\*** Texto

**CAPÍTULO 5**

**De los prodigios y maravillas de una espada sacada de una piedra por el dicho Arturo**

Entonces estuvo el reino en gran peligro mucho tiempo, pues cada señor que era poderoso en hombres se hizo fuerte, y muchos pensaron proclamarse rey. Entonces fue Merlín al arzobispo de Canterbury, y le aconsejó que enviase por todos los señores del reino, y todos los gentilhombres de armas, los cuales debían acudir a Londres por Navidad, so pena de execración; y por esta causa: para que Jesús, que había nacido esa noche, mostrase de su gran merced algún milagro, ya que había venido para ser rey de la humanidad, y señalase por ese milagro quién debía ser el rey legítimo de este reino. Así, pues, el arzobispo, por consejo de Merlín, mandó que todos los señores y gentilhombres de armas acudiesen a Londres por Navidad; y muchos de ellos purificaron su vida, para que sus plegarias fuesen más aceptables a Dios.

Así pues, mucho antes que amaneciese se hallaban todos los estados en la más grande iglesia de Londres (el libro francés no menciona si era o no la de San Pablo) para rezar. Y una vez terminados los maitines y la misa primera, vieron en el patio de la iglesia, ante el altar mayor, una gran piedra cuadrada, semejante a una piedra de mármol, en medio de la cual había como un yunque de acero de un pie de alto, e hincada en él de punta, una hermosa espada desnuda, y en ella letras escritas en oro que decían: QUIENQUIERA QUE SAQUE ESTA ESPADA DE ESTA PIEDRA Y YUNQUE, ES LEGÍTIMO REY NATO DE TODA INGLATERRA. Entonces la gente se maravilló, y se lo contó al arzobispo.

—Mando —dijo el arzobispo— que permanezcáis dentro de vuestra iglesia, y sigáis rezando a Dios; que ningún hombre toque la espada hasta que haya terminado del todo la misa mayor.

Y una vez acabadas todas las misas fueron todos los señores a ver la piedra y la espada. Y cuando vieron la escritura, probaron algunos, los que querían ser rey. Pero ninguno pudo mover la espada, ni sacarla.

—No está aquí —dijo el arzobispo— el que ha de conseguir la espada, pero no dudéis que Dios lo hará conocer. Pero este es mi consejo —dijo el arzobispo—, que proveamos diez caballeros, hombres de buena fama, y que guarden esta espada.

Así fue ordenado, y se hizo entonces pregón, que cualquier hombre que quisiese podía probar a ganar la espada. Y el día de Año Nuevo los barones hicieron un torneo y justa para que todos los caballeros que quisiesen justar o tornear, pudiesen hacerlo. Todo lo cual fue ordenado para tener juntos a señores y comunes, pues el arzobispo fiaba en que Dios le haría conocer quién ganaría la espada.

Así, pues, el día de Año Nuevo, acabado el servicio religioso, fueron los barones al campo, unos a justar y otros a tornear. Y acaeció que sir Héctor, que tenía grandes posesiones en Londres, acudió a la justa y con él fueron su hijo sir Kay, y el joven Arturo, hermano de leche de este; y sir Kay había sido hecho caballero en la anterior fiesta de Todos los Santos. Y mientras cabalgaban camino de la justa, sir Kay echó de menos su espada, que se había dejado en la posada de su padre; así que rogó al joven Arturo que fuese por su espada.

—De grado lo haré —dijo Arturo, y cabalgó aprisa en busca de la espada. Y cuando llegó a la casa, la dueña y todos se habían ido a ver justar.

Entonces se enojó Arturo, y se dijo: “Iré al patio de la iglesia y me llevaré la espada hincada en la piedra, pues no estará mi hermano, sir Kay, sin espada este día”. Y al llegar al patio de la iglesia, se apeó sir Arturo, ató el caballo en la entrada, fue a la tienda, y no halló a ningún caballero en ella, ya que estaban en la justa; tomó la espada por el puño y la sacó de la piedra con fiereza y facilidad; tomó el caballo, emprendió su camino hasta llegar a su hermano sir Kay y le entregó la espada.

Luego que sir Kay vio la espada, supo bien que era la espada de la piedra; así que fue a su padre sir Héctor, y dijo: “Señor, he aquí la espada de la piedra; por ende debo ser rey de esta tierra”.

Cuando sir Héctor vio la espada, tornó a la iglesia, se apearon allí los tres, y entraron en la iglesia. Y al punto hizo jurar a sir Kay sobre un libro cómo había obtenido aquella espada.

—Señor —dijo sir Kay—, por mi hermano Arturo, pues él me la ha traído.

—¿Cómo habéis sacado esta espada? —dijo sir Héctor a Arturo.

—Señor, os lo diré. Al volver por la espada de mi hermano, no hallé a nadie en la casa que me la entregase; y pensando que mi hermano no debía quedar sin espada, vine aquí con presteza y la saqué de la piedra sin esfuerzo.

—¿Hallasteis algún caballero junto a esta espada? —dijo sir Héctor.

—No —dijo Arturo.

—Ahora entiendo —dijo sir Héctor a Arturo— que debes ser rey de esta tierra.

—¿Por qué yo —dijo Arturo—, y por que causa?

—Señor —dijo Héctor—, Dios lo quiere así, pues ningún hombre habría sacado esta espada, sino el que será legítimo rey de esta tierra. Ahora dejad que vea si podéis meter la espada donde estaba, y sacarla otra vez.

—Eso no es ninguna maestría —dijo Arturo, y la puso en la piedra. Luego probó sir Héctor a sacar la espada, y no pudo.

Sir Thomas Malory.

Traducción: Torres Oliver, Francisco (1985).

Ediciones Siruela, Madrid.

**\*** Imagen 1 de ficha:

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

211983148

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02)

LE\_11\_01\_CO\_REC130\_IMG15

Pie de imagen 1 (**140** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Excálibur, la espada en la piedra*.